



LA ELECCIÓN

Perfecta

SIETE PECADOS: AVARICIA

SOPHIE ADAMS

La elección perfecta

Siete Pecados: Avaricia

Sophie Adams

Traducido por Antonio Silva Sproc

Índice

[LA ELECCIÓN PERFECTA Avaricia](#)

[Sinopsis](#)

[Nota de la autora](#)

[Avaricia](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Gabrielle](#)

[Damien](#)

[Epílogo Gabrielle](#)

Sinopsis

Damien Callaghan era un hombre ambicioso. Rico, hermoso y muy exitoso, él tenía el mundo en sus manos y estaba dispuesto a hacer todo para mantenerse en la cima del poder.

La joven y dulce Gabrielle Clark fue a Raleigh en busca de una nueva vida, lejos de los recuerdos tristes de su pasado.

Cuando el camino de Damien y Gabby se cruzaron, el deseo y la pasión los envolvió, aunque ambos supieran que sus mundos eran muy diferentes. Contrariando todas las expectativas, ellos construyeron una intensa relación a largo plazo, pero repleta de secretos.

Para quedarse juntos, Damien necesitaba hacer una elección y Gabby necesitaba aprender a confiar. ¿Están listos para dejar sus miedos de lado y seguir lo que manda el corazón?

La elección perfecta es el tercer cuento de la serie Siete Pecados.

“La Elección Perfecta”

Escrito por Sophie Adams

Copyright © 2018 Sophie Adams

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Antonio Silva Sprock

Diseño de portada © 2018 Luizyana Poletto

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Copyright © 2017 Sophie Adams

Portada y producción editorial: Luizyana Poletto —Bookmarks Brasil
Todos los derechos reservados y protegidos por la Ley 9.610 de
19/02/1998.

Ninguna parte de este libro, sin autorización previa por escrito de la autora, puede ser reproducida o transmitida, sea cual fuera el medio empleado: electrónicos, mecánicos, fotográficos, grabación o cualquier otro, excepto para el uso de breves citas en reseñas del libro.

Fuentes utilizadas con el permiso de Microsoft.

La violación de los derechos de autor es un crimen establecido en la ley n °. 9.610 / 98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal. Esta es una obra de ficción. Nombres, lugares, personajes e incidentes son productos de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o establecimientos es mera coincidencia.

Traducción al español: Antonio Silva Sprock

Nota de la autora

Siete Pecados. Siete actitudes humanas contrarias a las leyes divinas. Siete errores que todos nosotros, en algún momento de la vida, cometemos o nos encontramos.

Envidia, lujuria, ira, avaricia, gula, vanidad y pereza. Cada cuento de la serie Siete Pecados es inspirado en una de esas actitudes. Todas las historias tienen comienzo, intermedio y final, y pueden entrelazarse con personajes que aparecen en los cuentos anteriores.

¿Qué vale más: amor o dinero? En *La elección perfecta*, vamos a conocer a Damien, un hombre rico y poderoso, que tiene el mundo en sus manos y Gabby, una joven dulce e inocente, con algunos secretos del pasado, pero dispuesta a recomenzar. Cuando los mundos de los dos se encuentran es imposible resistir la pasión. Pero, lo que no saben, es que el destino siempre cobra el precio por las elecciones equivocadas que hacemos... por eso, es esencial que ellos hagan la elección perfecta.

Al final de la lectura, no dejes de evaluar el libro en Amazon e indicar a tus amigos. Su evaluación permite que otros lectores se interesen en conocer las historias.

Visita mi [sitio](#) y sigue mi página en [Facebook](#) para seguir las novedades y los próximos lanzamientos.

Con amor,
Sophie Adams

Avaricia

Del lat avaritia

substantivo femenino

1. Calidad o característica de quien es avaro, de quien tiene apego excesivo al dinero, a las riquezas.
2. p.ej. Falta de magnanimidad, de generosidad; mezquindad, tacañería, codicia.

Gabrielle

Escuché los primeros acordes del piano y pasé, suavemente, las manos en los laterales del vestido, producido en una seda tan azul como mis ojos. Rod, el pianista, hizo la introducción de *Have I Told You Lately*, de su tocayo, Rod Stewart, y me acerqué al micrófono para empezar a cantar. No podía imaginar cómo los versos de esa bellísima canción reflejarían mis sentimientos en un futuro próximo.

Mientras los acordes del piano sonaban, yo podía oír el bullicio de las conversaciones de los frequentadores del Richmond's, un restaurante cinco estrellas, muy exclusivo, en el área notable de Raleigh, Carolina del Norte. El lugar elegante era frecuentado por personas del más alto nivel: empresarios exitosos, políticos, celebridades y toda persona que pudiera pagar, como mínimo, cuatrocientos dólares por una cena. Lo que, obviamente, no era mi caso, aunque Louie Richmond's, el dueño del lugar, pagara muy bien por tres presentaciones semanales.

Yo había sido contratada hace poco más de tres meses y conocía a la mayoría de los clientes habituales. Después de los conciertos, Louie insistía que circulara entre las mesas, recibiendo saludos por mi actuación en el escenario o actuando como una especie de anfitrión, haciendo que los clientes se sintieran bienvenidos. Pensar en ello me hacía considerar la enorme diferencia de mi vida anterior, muy lejos de allí, en Nueva York, cuando cantaba en uno de esos bares ahumados y ruidosos en una de las peores áreas de la ciudad. *Olvídate de eso, Gabby. Esta historia se quedó atrás*, me decía a mí misma, sin querer recordar toda la pérdida y dolor por las que pasé en los últimos años. Yo estaba allí para recomenzar y eso era lo que haría, empezar por la carrera.

Después de unos instantes, Rod dio la vuelta y yo empecé a susurrar los primeros versos, sintiendo gradualmente — como siempre —, la conversación cesaba y las atenciones volvían al escenario.

Have I told you lately that I love you?

Have I told you there`s no one else above you?

You fill my heart with gladness, take away all my sadness,

Ease my troubles, that`s what you do.

La segunda estrofa fue acompañada del más profundo silencio, incluso el sonido de los cubiertos se silenció para que las notas del piano pudieran fluir de forma cristalina alrededor del salón con excelente acústica, algo de lo que Louie se enorgullece profundamente.

Con los ojos cerrados e inmersa en la canción, me dejé llevar por las dulces palabras de amor. El escenario era el único lugar en el que me permitía sentir pasión, ya que la vida me había mostrado, innumerables veces, que no podía confiar en nadie sino en mí misma.

No más.

En aquel escenario, ya no era la chica soñadora que huyó de la pesadilla que era su vida en NY. Allí, usando aquel hermoso vestido y cantando para una audiencia de personas respetables e increíblemente exitosas, yo era alguien digno de admiración. Aunque era solo por mi voz, ya que yo jamás sería del mismo nivel que cualquiera de los que estaban aquí.

Murmuré los últimos versos y, mientras el piano de Rod resonaba las últimas notas de la música, abrí los ojos, todavía afectada por la intensidad de la canción, y mi atención fue atraída hacia la entrada del restaurante. De pie, usando un traje de tres piezas y, probablemente hecho a la medida, con los cabellos negros muy bien cortados y exhalando poder y riqueza, estaba el hombre más magnífico que yo ya había visto en la vida. En el momento en que sus ojos se volvieron al escenario y capturaron mi mirada, supe que jamás sería la misma.

Damien

Mi cabeza latía después de enfrentarse a la larga y complicada audiencia del ex diputado Josh MacGregor, seguido del discurso incesante de David Crosby Jr., el nuevo pasante de la oficina e hijo del Senador Crosby, que estaba trabajando conmigo hace tres meses para atender a un pedido del padre influyente. Pensar en eso me hizo recordar que desde que el chico pedante, inmaduro y completamente inexperto comenzó a trabajar aquí, no salí más a cenar con amigos o socializar con bellas mujeres. Partidario del silencio, todo aquel discurso del chico me dejaba exhausto al final del día y todo lo que podría desear era el silencio de mi casa, en la Blout St., una de las direcciones más exclusivas y caras de la ciudad.

—Crosby Jr. —ya saturado, lo interrumpí en el pasillo camino a mi oficina. —En lugar de quedarse hablando en mi cabeza sin parar, haga un informe. Objetivo. ¿Entendió? —pregunté, y él asintió con avidez, como si yo estuviera pronunciando las palabras mágicas que abrirían un buen portal delante de nosotros. — En mi mesa, mañana, a las siete —dije, con un chasquido de dedos. Él, finalmente, comprendió que debía dejarme a solas y corrió a hacer su trabajo.

Al pasar por la sala de mi asistente, la señorita. Angie Monroe, una pelirroja bajita y curvilínea que, si yo lo permitiera, haría mucho más que solo atender a las llamadas y organizar mis compromisos, se puso inmediatamente de pie y me entregó los mensajes de la tarde.

—Michael Stern llamó, Sr. Callaghan —ella dijo, mi nombre deslizándose por entre los labios, tan rojos como los cabellos, y lindos labios. —Le pidió encontrarse en el Richmond's. Parece que consiguió algo sobre el caso McNair.

—Gracias, Srta. Monroe. —a pesar de que ella era una tentación, solo buscaba involucrarme con asistentes cuando sus trabajos ya no eran satisfactorios. Era muy complicado encontrar una asistente en estos tiempos.

Después de entrar en la oficina y dejar la copia del escandaloso proceso sobre la mesa, envié un mensaje de texto a Michael, un antiguo colega de universidad, que se convirtió en uno de mis mejores amigos, advirtiéndole que llegaría al restaurante aproximadamente en media hora. Sería bueno beber un whisky y charlar con él. Desde que *CLM Lawyers Associated* asumió el turbulento caso MacGregor, me vi sumergido en un intrincado proceso que trataba de corrupción a niveles avasalladores y en varias esferas de poder. Josh estaba siendo valiente en delatar a sus antiguos socios, pero se estaba moviendo con personas que llevaban años en el poder, beneficiándose de un esquema de sobornos y lavado de dinero.

Además, también sentía falta de compañía femenina. No que yo fuera el tipo de hombre que me involucraba en relaciones. Mis casos eran breves, aunque muy satisfactorios para ambas partes. Duraban cerca de tres incendiarios meses en la cama, seguidos por una despedida rápida, sin posibilidad de lágrimas. Al final de todo, una bella joya entraba en la ecuación. Por increíble que pudiera parecer, conseguía mantener buenas relaciones con mis ex-amantes, que hacían de todo por la posibilidad —improbable, dígame de paso —de volver a mi cama.

Seguí hacia el baño, lavé las manos y la cara, quité la corbata, seguida por la camisa y fui al pequeño armario de roble incrustado, donde había una colección de camisas immaculadas y corbatas de colores variados. Escogí una camisa blanca y corbata en tono de vino, que dejaría al traje gris carbón elegante para la noche. A medida que me fijaba las mancuernas, desvié los ojos a los correos electrónicos en la notebook, verificando si había algo urgente que necesitaba mi atención inmediata. Descartando los mensajes, arreglé el nudo de la

corbata, vestí la chaqueta, cogí las llaves, celular y cartera y me dirigí de nuevo a la salida.

–Estoy de salida, Srta. Monroe. Buenas noches.

–Hasta mañana, señor. Callaghan —ella dijo, animada.

Al frente de la oficina, Bill, mi conductor y seguridad privada, aguardaba, al lado del Mercedes negro.

–¿A casa, Sr. Callaghan?

–No, Bill. Vamos al Richmond's.

El ex marino asintió, arregló la corbata y abrió la puerta de atrás para mí. Desde el incidente con un cliente que intentó atacarme al perder un juicio, la presencia de Bill era constante a mi lado. Teniendo en cuenta la gravedad del caso en que estaba trabajando, era inimaginable no contar con la protección de un guardaespaldas.

Pocos minutos después, paramos frente a la bella construcción donde quedaba el Richmond's. El restaurante se ubicaba en una mansión frente al lago y era uno de los principales lugares que la sociedad de Raleigh frecuentaba. Louie, el propietario, era un empresario discreto y eficiente, que conocía a su clientela importante como la palma de la mano.

Al salir del auto, me encontré con Michael, que estaba a punto de entrar.

–Hola, mi amigo —él me saludó, apretando mi mano mientras yo le daba unas palmaditas en su espalda. —Cuanto tiempo.

–No me lo digas. No sabía que frecuentabas el Richmond's. Siempre decías que era demasiado estirado para ti —hablé en tono jocoso y sonreí, haciendo una mueca.

–Desde que oí esa voz por primera vez en una cena familiar, me quedé viciado. Si no me cuido, voy a gastar todos mis honorarios en las cenas del Louie solo para escuchar la dulce voz de la nueva chica.

Al entrar en el local, estábamos riendo, y yo estaba a punto de hacer una broma cuando una voz dulce y cristalina sonó en mis oídos. Era el sonido más bello y puro que yo había escuchado. Jamás fui un

tipo sensible o apreciador de las artes, pero me sentí tocado por la intensidad y la pasión reflejada en aquella voz. Al instante, mi cerebro se preguntó si la dueña sería tan hermosa como el sonido que emanaba de ella, y mis ojos siguieron hacia el escenario, parpadeando contra la luz suave para ajustar la visión. En ese momento, la vi.

Magnífica. No había otra palabra para describir la belleza etérea de la mujer en el escenario. Ella estaba apoyada en una banqueta alta, con un micrófono delante de los labios. Los largos cabellos rubios caían en olas largas por los hombros, casi encontrando la cintura estrecha, envuelta en seda azul. La piel clara parecía parpadear contra la luz suave, y solo podía imaginarla desnuda en mi cama, con los cabellos sueltos esparcidos contra la almohada y un bellissimo collar de diamantes realzando su belleza. Solo eso.

—Ah, demonios. Yo no debería haber dicho nada —Michael me gruñó al lado.

—Uhhh... ¿qué? —respondí, confundido, renuente a quitar los ojos de la bella mujer en el escenario.

—Sabía que no debería haberte alertado. Ahora, Damien "Don Juan" Callaghoun, va a intentar llevarse a la rubia a la cama a cualquier costo —él afirmó, en tono bajo para no llamar la atención del salón lleno que aplaudía el rendimiento de la bella rubia.

Desvié mi atención de ella y volteé a Michael con una mirada que yo sabía era de depredador y sonreí.

—Tú me conoces bien, amigo mío.

Gabrielle

Aquellos ojos intensos me siguieron por toda la presentación. No tenía idea de su color, pero sabía su fuerza e intensidad. Mientras yo cantaba, él me mantuvo caliente, erizada y un poco confundida con los sentimientos intensos que me despertaba.

Cuando Rod tocó las últimas notas, el restaurante entero nos aplaudió entusiasmadamente, y los dos fuimos al frente del escenario para agradecer a la audiencia. Louie se acercó y me estiró la mano, ayudándome a bajar por los tres escalones, listo para exhibirme por el salón.

–Estuviste simplemente fantástica, muy bien –afirmó, con una expresión completamente satisfecha.

Seguimos por el restaurante, parando de vez en cuando para aceptar las felicitaciones de los clientes y escuchar comentarios de admiración. A pesar de esforzarme en prestar atención a cada persona que hablaba con nosotros, podía sentir su mirada quemando mi espalda y mi cuerpo vibrando con la necesidad de acercarme a él, de sentir frente a frente si esa atracción era real o si yo estaba solo imaginando cosas...

Circulamos por todo el salón hasta llegar al rincón derecho, donde él estaba sentado en una mesa con otro chico de expresión más suave. Él era hermoso, aunque esa era una palabra muy sutil para describirlo, como si yo estuviera tratando un león salvaje de la misma forma gentil que trataría un gatito de mascota. Él no tenía nada de delicado, muy al contrario. Era toda fuerza, poder y deseo envuelto por un traje que costaba más que mi salario de dos meses y una sonrisa matadora.

Problema. Ese hombre era un problema.

–Damien, mi amigo, hace tiempo que no lo veía por aquí... espero que no se haya hartado de la comida de mi chef.

Damien. Hasta su nombre era del tipo que se enrollaba en nuestra lengua de forma sensual. Cuando él desvió su mirada de mí, volviéndose hacia Louie, y empezó a hablar, me sentí aturdida... jamás fui cautivada de esa forma por quien fuera.

–De ninguna manera, Louie. Tú sabes que el Richmond's es mi restaurante favorito. —Su mirada se volvió hacia mí. —Ahora más aún.

Él sonrió y los ojos —que descubrí ser tan negros como la noche — me observaron con malicia y deseo.

Louie sonrió, y yo medio sonreí, sin saber si estaba aturdida con la fuerza de la masculinidad de ese hombre o por estar sintiéndome así por primera vez en la vida. Vi, en innumerables películas, las personas hablando sobre la fuerza de la pasión en una primera mirada, pero jamás creí que pudiera suceder. Por lo menos, no conmigo, alguien de vida tan común. Si la atracción a primera vista fuera algo posible de suceder, sería con alguien más glamorosa, experimentada y acostumbrada a tener los más variados tipos de amantes. No alguien como... yo.

Sujetando mi mano, Louie habló a Damien.

–Quiero presentarte mi rara joya. —El hermoso hombre sonrió maliciosamente. —Le escuchaste cantar, debes estar de acuerdo conmigo. —Damien asintió brevemente, los ojos aún atados a los míos. —Esta es Gabby Clark.

–¿Gabby de Gabriela? —preguntó, ofreciendo su mano para que yo la tomara.

–Gabrielle —susurré, mientras mi mano encajaba en la suya, y pequeñas cargas eléctricas pasaban por nuestras manos unidas. ¿Será que solo era mi imaginación?

–Gabrielle —él repitió y llevó mi mano a sus labios.

La voz grave, casi susurrada, inmediatamente me hizo pensar en

cómo sería oírla en mi oído en un cuarto oscuro, y el toque de los labios blandos contra mi piel me aturdió.

¿Qué estaba pasando conmigo?

–Es un placer conocerla, Gabrielle.

Mi nombre en sus labios era como una caricia lenta en un cuarto oscuro. Sentí mis mejillas y la cara calentarse con el rumbo de mis pensamientos sobre aquel hombre desconocido. Yo no era el tipo de chica que me dejaba envolver por cualquiera. Evitaba sentimientos, pues sabía, por experiencia propia, cómo era doloroso amar.

Él sonrió y se volvió hacia el amigo, que estaba a su lado. Confieso que había perdido totalmente la percepción de otras personas a nuestro alrededor.

–Él es Michael Stern —presentó él.

El hombre era amigable y muy bonito, pero no tanto como Damien. En verdad, jamás he visto a alguien como él.

–Es un placer conocerla, Gabby —él dijo, utilizando mi apodo, y yo sonreí, apretando su mano y devolviendo el cumplimento mientras sentía el peso de la mirada del hombre a nuestro lado.

Entonces Louie desvió la atención de los dos al hablar sobre el vino que había sido servido, lo que me permitió respirar un poco cuando la atención de Damien se volvió hacia mi jefe. Toda aquella intensidad me dejó aturdida. Mientras yo miraba alrededor, la conversación sobre uvas y ciertas cosechas de la bebida sonó lejos mientras mi cabeza intentaba volver a la normalidad.

Vamos, Gabby. Usted necesita mantenerse centrada...

Mi incentivo mental fue interrumpido por una solicitud de permiso.

–Me disculpan, pero necesito contestar al teléfono —Michael expresó, su leve expresión se volvió triste al ver el número en el identificador de llamadas.

–Claro, Michael. Adelante. —Damien indicó, y yo sentí que todos los clientes me miraban. El chico se disculpó de nuevo y se alejó,

yendo hacia la puerta de entrada, ya con el teléfono en la oreja.

Damien y Louie continuaron conversando sobre las bebidas cuando Max, el maitre de hoy, los interrumpió.

–Louie, lo siento. Perdón, Sr. Callaghan,—el habló a Damien.
–Meg tiene una emergencia en la cocina.

Meg era la nueva camarera. Ella todavía confundía los platos, mesas y pedidos y, dio media vuelta, Louie tenía una emergencia con ella en la cocina.

–Vaya a resolver su problema, Louie. Voy a entretener a la Srta. Clark.

Louie me miró y luego a Damien.

–¿Está seguro? —preguntó, como si estuviera considerando la posibilidad de que algo pudiera ir mal en su ausencia.

–Claro —murmuró Damien, y yo no tuve otra opción que afirmar con la cabeza.

Así que Louie soltó mi mano y se volvió hacia la cocina, acompañado de Max, Damien se levantó y sacó la silla a mi lado para que yo pudiera sentarme. Su altura imponente me sobrepasaba.

No era una muchacha inexperta. Había tenido algunos novios. Perdí la virginidad en el asiento trasero del Cadillac del padre de Ethan McGrew, en la graduación de la secundaria. Ya había conocido varios tipos de hombres, principalmente los del tipo canalla. Pero, a pesar de eso, no sabía con certeza cómo me ponía con alguien como Damien Callaghan.

–¿Qué puedo pedirle para comer, Gabrielle? —preguntó, mi nombre pareciendo muy sensual al sonido de su voz.

–Uhm, nada, Sr. Callaghan. Muchas gracias, pero no tengo hambre —afirmé. —Puede llamarme Gabby, como todos lo hacen.

Nadie me llamaba Gabrielle. Nunca.

Él sacudió la cabeza e hizo una seña al camarero.

–Traiga otra copa para la Srta. Clark y el tartán de salmón —pidió. Cuando el camarero se alejó para disponer el pedido, se volteó hacia

mí. —Es un plato ligero, no dejará su estómago pesado después de salir del escenario.

—Agradezco, Sr. Callaghan, pero no tenía planificado cenar con usted.

Su sonrisa se extendió, pareciéndose aún más maliciosa que antes.

—Esta no es una cena propiamente dicha. Solo estoy... cuidándole mientras Louie resuelve su emergencia en la cocina. —Sus ojos adquirieron un brillo aún más peligroso. —Vamos a cenar, de hecho, mañana por la noche.

Mi boca se abrió y mis ojos se abrieron.

—¿Qué?

—Mañana por la noche, Gabrielle. ¿Las ocho es una buena hora para usted? Necesito anotar su dirección para poder recogerla y...

No pude evitarlo. Comencé a reír.

Arrogante.

Dejó de hablar abruptamente, pareciendo confundido con mi risa fuera de lugar.

—Está riendo porque...

—No acepté cenar con ud, Sr. Callaghan.

—Damien.

—¿Qué?

—Damien. Si vamos a cenar juntos, usted necesita llamarme por mi nombre. —La sonrisa arrogante estaba de vuelta.

—No vamos a cenar —afirmé, haciendo una pausa teatral. —, Damien.

—¿Y porque no?

—No acepto órdenes de hombres que se creen la última moda de París —él soltó una carcajada con mi comparación. — Además, usted no es mi tipo.

¡Mentirosa! Debería estar escrito en un letrero neón en mi frente.

Los ojos negros de Damien asumieron un brillo desafiante, como si yo hubiera balanceado un paño rojo delante de un toro, al haber

rechazado su invitación prepotente para cenar.

—¿Usted hace todo difícil, ¿no es así, Gabrielle? —Preguntó, levantando la ceja izquierda. Louie repentinamente apareció, interrumpiendo la conversación y haciéndome agradecer mentalmente.

—Disculpa querida. Demoré más de lo que esperaba. —Se volvió de nuevo a Damien. — Agradezco por mantenerla segura, Damien. Pero Gabby necesita una pausa después de cantar y compartir con los clientes.

—Claro, Louie —respondió. — La comida fue increíble.

Los hombres apretaron las manos y, al volverse hacia mí, Damien agarró la mía y me tiró más cerca de sí, murmurando contra mi oreja:

—La próxima cena será la *nuestra*.

Damien

Unforgettable, that's what you are...

Tan pronto como pisé el salón del Richmont's, la voz aterciopelada de Gabrielle sonaba en mis oídos. Como sucedía hace exactamente cuatro semanas, cinco días y algunas horas, mis ojos se enfocaron en ella de inmediato.

Como decía el éxito de Nat King Cole que ella cantaba en un timbre sensual, ella era inolvidable, pero escurridiza como ninguna otra mujer que yo ya había conocido. Desde aquella noche en la cual fuimos presentados, venía, casi a diario, al Richmont's para verla, ya que ella no aceptaba mis invitaciones para cenar, ballet, conciertos... mi cama. A cada sugerencia, ella se reía, los ojos azules celestes se oscurecían y ella simplemente decía no. Ni siquiera me dejaba acompañarla hasta su casa después de las presentaciones... era como si no me quisiera en su vida... algo muy extraño para mí. Jamás había conocido a alguien como ella, que no sacaba ventaja de su belleza o no caía en mis brazos con un poco de persuasión.

A pesar de intentar resistir la tentación de verla todos los días, yo tenía que confesar: ella me intrigaba con su sonrisa misteriosa, los comentarios inteligentes y los rechazos diarios —aunque eso era un gran golpe para mi reputación y mi ego.

Pero, aun así, yo no estaba listo para desistir.

Lentamente, a cada encuentro —aunque fuesen momentos fugaces durante los intervalos de las presentaciones —fui descubriendo pequeños retazos de su vida privada. La mujer era más misteriosa que un detective privado siguiendo las pistas de un caso de traición importante entre ricos y famosos. Después de mucho presionar, conseguí descubrir que ella no tenía familia y vivía sola en Raleigh, en la periferia de la ciudad. Y, a pesar de ser peligroso que una hermosa

chica anduviera sola por ahí tarde de la noche —aunque Raleigh no fuera Nueva York—, ella me prohibió acompañarla e incluso de seguirla, lo que demostraba su naturaleza valiente.

Conversábamos sobre innumerables temas... desde la política actual y la crisis en el gobierno, al último *reality show* que estaba viendo en la televisión. Ella era dulce con las personas en general, cuidadosa con los más ancianos y encantadora con los jóvenes, lo que la hacía la querida de los frequentadores del Richmond's.

En cuanto a su belleza... bueno, ella era tan hermosa que me sacaba el aire cada vez que los expresivos ojos azules se volvían hacia mí, como ahora. Le guiñe el ojo y seguí hasta mi mesa habitual, siendo recibido por Louie.

—Callaghan, ¿cuánto quieres para dejar de venir detrás de mi mejor empleada? —él preguntó y los dos reímos.

—Usted no tendría suficiente —respondí. El único "pago" que yo aceptaría sería ella. En mi cama. Nada más.

—Usted no desiste, ¿no? —preguntó, sonrió, pero no me dejó contestar. —Gabby es una joven muy especial para nosotros, ¿sabes? Es como si fuera de nuestra familia. No hay nadie que cuide de ella, y nosotros, aquí en el Richmond's, tomamos esa responsabilidad. No quiero que la lastime. Ella no es el tipo de chica ansiosa para agradar que usted está acostumbrado a tener.

Su comentario me hizo apretar el pecho. Desvié la mirada hacia ella, que estaba linda en el escenario, y su voz cristalina encantando a la audiencia. Sintiendo una mezcla de deseo, el más intenso que he sentido, y algo más que yo no sabía identificar.

—No voy a lastimarla, Louie. Ella está segura conmigo.

Y estaba. A los treinta años, yo no estaba acostumbrado a ser rechazado por cualquier mujer. Ellas hacían fila para caer en mi cama, en busca de satisfacción sexual y de la protección que mi nombre y mi dinero proporcionaban... aunque fuera temporalmente. Y para mí, las cosas eran perfectas así. Conocido en los tribunales como *tiburón*

Callaughan, yo era alguien muy competitivo, vanidoso, exigente y con sed de poder. Al final, era el dinero que determinaba la posición social de un hombre en la sociedad. Y sin una reputación impecable y vencedora, un hombre no era nada.

—Espero que sí, *Callaughan* —Louie indicó. Al ver a alguien haciéndole señas, pidió permiso y se alejó.

Yo sabía que en algún momento necesitaría cambiar un poco el rumbo de mi vida, después de todo, cuanto más alto se sube en la escalada del poder, más necesario se vuelve adecuar a los patrones impuestos por la sociedad. Sabía que llegaría el momento en el cual yo necesitaría encontrar una esposa. Una hermosa mujer, preferentemente, alguna heredera de familia tradicional que sabría cómo cuidar de la casa y de los empleados, la anfitriona perfecta de fiestas y cenas, educada, pulida y que me daría dos o tres niños en la foto de familia feliz en el fin de año. Obviamente, yo no esperaba amor o cualquier otro tipo de sentimiento romántico. Solo respeto y comprensión para posibles indiscreciones, algo bien común en el medio en que vivíamos.

Y, con certeza, esa mujer no sería Gabrielle. Ella era... bueno, una especie de desviación en el camino. Una desviación por una carretera que prometía placer y seducción. Desde el momento que la vi por primera vez, supe que necesitaba tenerla. La llama entre nosotros era intensa, y yo sabía que cuando la llevara a la cama, nos encenderíamos. Generalmente, cuando me involucraba con una mujer, sabía que eso no duraría mucho tiempo. Dos semanas... a veces tres. Ese era mi máximo de tiempo con alguien. Las conversaciones superficiales me cansaban y los abrigos exigentes me irritaban. Después de unas noches en mi cama, la dependencia emocional me saturaba. Pasadas unas tres semanas, ellas soñaban con campanas de boda y felices para siempre, algo que yo solo tendría —la primera parte, por lo menos —con la *Srta. Perfección*, descendiente de la familia

Casi Real y Muy Rica, que se unía a la mía para formar una verdadera dinastía de dinero y poder.

Pero eso era algo para el futuro. Ahora, mis instintos cazadores estaban enfocados en la bella mujer que estaba encima del escenario y cuyas mechas rubias y onduladas parecían centellear como oro.

Un camarero se acercó, listo para anotar mi petición, y escogí un Bourbon. Rápidamente, el muchacho trajo la bebida. Tomé un trago, mirando al escenario con ojos atentos a sus movimientos mientras la bebida calentaba mi pecho. La voz de ella era tan dulce y sensual que podría oírla cantar toda la noche. Era increíble que alguien con ese timbre estuviera lejos de los principales escenarios del país, a pesar que sabía que la industria del entretenimiento podía ser cruel y difícil de conquistar, aunque su voz fuera más agradable que el mejor whisky de la casa.

Cuando el show estaba a punto de terminar, llamé al camarero y le pedí una cena para dos personas, como hacía todos los días. No me avergonzaba de usar su buen corazón —que no podía aceptar que la comida se desperdiciara mientras miles de personas no tenían qué comer —para disfrutar de su compañía durante la cena. En el amor y en la guerra vale todo, ¿no es lo que dicen? Yo estaba listo para usar todas mis armas con la *Srta. Seducción*, no solo para disfrutar de la comida a su lado, también para tenerla, finalmente, en mi cama. Y yo iba a conseguirlo.

Gabrielle

Señor, no me permita caer en tentación... hice la oración en mis pensamientos, aunque yo no fuera una persona muy religiosa, mientras sentía la mirada intensa de Damien sobre mí. Yo necesitaba seguir rechazando sus ataques, pero al mismo tiempo la joven esperanzadora y crédula que fui un día, estaba demasiado halagada por un hombre como él, al demostrar tanto interés por alguien como yo.

Sabía que si me involucraba con él, al final no quedaría nada más dentro de mí. Damien no era el tipo de hombre que se involucraba en noviazgos juveniles o se comprometía con alguien, y yo necesitaba alejarme de ese tipo de complicación, después de todo, mi vida ya era demasiado desordenada sin un hombre, para acabar con ella por completo.

La música terminó y Rod anunció el descanso. Se levantó del piano, se acercó y, como siempre lo hacía, agarró mis dos manos y dio un beso en mi frente.

—Estuviste increíble, Gabby. Parecías un ángel mientras cantabas —afirmó el chico, con los ojos brillando. —¿Te parece que comamos algo en la cocina mientras conversamos sobre las próximas presentaciones?

Yo sabía que Rod estaba interesado... que si yo me abría un poco, él intentaría algo. Y yo le adoraba... pero solo como amigo. No más que eso.

—Sabes que a Louie le gusta que yo hable con los clientes —afirmé, con una sonrisa suave y me alejé. Él frunció el ceño y desvió la mirada hacia el rincón del salón, donde yo sabía que Damien estaba sentado.

—Vas a cenar con él, ¿no? —El tono de Rod fue brusco y me asustó. Él siempre fue tan gentil y cariñoso. Entonces, verlo enojado de esa

manera fue una gran sorpresa.

—¡Rod! —protesté, y él continuó mirando a Damien como si quisiera matarlo. —No enfrentes a los clientes de esa forma —susurré, y él volvió la mirada hacia mí, pareciendo decepcionado. —El señor. Callaughan es un cliente importante de Richmont's.

—¿Y estás en el menú también, Gabby? —preguntó, la voz baja y tan brusca que sus palabras me hicieron sentir el impacto de un golpe, como si yo hubiera sido golpeada en la cara con la fuerza de su insinuación.

Respiré profundo y él sacudió la cabeza, como si estuviera colocando los pensamientos en orden. Entonces, su mirada suavizó, y él demostró arrepentimiento.

—Lo siento, querida. No quise decir eso... yo solo... no me gusta la forma en que el tiburón suele tratar a las mujeres. Es como si fueras un cebo, a punto de ser tragado.

La sugerencia de que yo era una especie de prostituta me dolió más de lo que debería, trayendo recuerdos de un pasado que estaba muerto y enterrado. Y debería continuar así.

—Basta, Rod. Basta —dije, levantando la mano cuando él intentó acercarse de vuelta. —Creo que bebiste un poco demás antes del show. Por favor, recupérate mientras hago mi trabajo.

Me volví, respirando profundamente y recogiendo la máscara de indiferencia en la cara mientras sentía estremecerse mi cuerpo entero y doblarse las piernas. Cada día, Rod venía abusando más de la ginebra y el vicio empezaba a aparecer en sus comentarios mordaces y descontrolados.

Me obligue a no mirar a Damien, sabiendo que si lo hiciera, él sabría cuánto estaba perturbada. No era por nada que lo llamaban tiburón en los tribunales. El hombre sabía leer a cualquiera que estuviera frente a él. Y, temblando como yo estaba, él sabría de inmediato que algo había sucedido... lo que me hizo preguntarme... *¿también él creía que era una especie de prostituta que estaba en el menú?*

Mi cabeza empezó a palpar, pero mantuve la sonrisa pegada en la cara mientras atravesaba el salón, parando en las mesas para recibir saludos y pedidos de música de los clientes.

Al llegar cerca de su mesa, Damien se levantó, con una sonrisa irresistible, y sacó la silla para que me sentara, sin que me diera oportunidad de rechazar la gentileza sin que yo pareciera descortés.

Me senté, y él se acomodó del otro lado de la mesa, los ojos negros como un carbón iluminados por la corbata color vino tinto.

—Sr. Callaghan, le dije que no podría continuar cenando con usted...

—¿Qué le ocurre con Damien? —levantó una de las cejas y llevó el vaso de bourbon a los labios.

—Lo mismo que usted con ese *petulante Gabrielle*.

Él sonrió.

—No me gustan los apellidos. Además, Gabrielle es tan seductor como usted. Las dos letras L se enrollan en la lengua como la caricia de una amante.

—Usted es tan descarado —respondí, sin conseguir sostener la sonrisa. Ese modo prepotente, arrogante y señorial de Damien era demasiado divertido. —¿Alguien cae en esa conversación?

Él inclinó la cabeza hacia atrás y sonrió, mientras Sam, uno de los camareros, servía la cena. Para nosotros dos.

—¿Qué necesito decir para que *tu* caigas en mi conversación, Gabrielle?

Fue mi turno de reír.

—¿Usted conoce el significado de la palabra no? —pregunté, con una sonrisa en los labios mientras cortaba el filete suave. Sentía que mi estómago se apretaba con el olor de la primera comida del día y llevar el pedazo del filete a la boca, controlándome para no cerrar los ojos y gemir como resultado de la perfección del sabor y la maravilla que era lograr comer.

En el Richmond's, además del salario, teníamos derecho a una

comida durante el turno, que, en mi caso, era por la noche. A pesar del buen salario que yo recibía, entre pagar el lugar donde yo vivía, comprar los vestidos, maquillaje y lo que más fuera necesario para que mi presentación personal fuese impecable y pagar las deudas de Ellen, no sobraba mucho... 'para ser honesta, no sobraba casi nada. Pero yo no podía quejarme. A pesar de que pasaba más tiempo con hambre que saciada, al menos tenía un techo —incluso no siendo de los mejores —sobre mi cabeza y poco a poco me iba a librar del peso, que las deudas de Ellen, representaban para mí...

—Hasta que te conozco —Damien respondió, antes de llevar el tenedor a la boca. —Pero no me gusta esa palabra. Si es mucho más sabroso... es permisivo... y es una de las cosas que quiero oírte gritar cuando estés en mi cama.

—Usted es tan petulante, tiburón —le increpé, utilizando su apodo de los tribunales. —Pero yo no formo parte del menú de la casa. —No pude evitar decir esas amargas palabras.

Él bajó el cubierto al plato, y su mano encontró la mía en la mesa.

—Jamás imaginé que lo fuera, Gabrielle. Usted no es ese tipo de mujer... y, si fuera, yo no estaría aquí.

Nos encaramos en silencio, y yo sentí sinceridad en su mirada.

—La respeto a usted, Gabrielle. Aunque usted esté acabando con mi ego. —Él sonrió, y yo respondí, incómoda por haber permitido que la maldad en las palabras de Rod me alcanzaran. —Tú me conmueves de una manera que nadie más lo hizo. Guiñé, intentando poner los pensamientos en el lugar y levantando el muro que protegía mi corazón.

—Solo está con el ego herido porque no corrí detrás de ti como un perrito, así como las otras mujeres lo hacen.

—Y eso es lo que hará que el momento en que te rindas a mí sea aún más especial.

—Eres tan arrogante.

Él sonrió.

—Y tú, mi bella, eres deliciosa.

Las palabras de Damien eran muy prepotentes, pero salieron de sus labios con tanta naturalidad que me hicieron inclinar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Yo, pensé. Él no estaba acostumbrado a tener sus deseos negados.

Esa noche, después de disfrutar de la deliciosa cena con Damien, regresé al escenario para la segunda parte de la presentación. Rod intentó justificarse una vez más, pero le pedí que me dejara quieta, pues necesitaba espacio para procesar dentro de mí nuestra discusión del inicio de la noche. Detestaba enfrentamientos. Durante toda mi vida, viví en estado de tensión con Ellen. En realidad, todavía vivía. Yo sabía que solo tenía paz al poner la cabeza sobre la almohada cuando terminara de pagar la deuda enorme que ella adquirió con Tizian.

La familia es un lazo que no podemos desatar —Tizian me había dicho en ese breve encuentro durante el invierno en NY —*y somos responsables de lo que nuestros entes provocan, Gabby. Todos pagamos un precio por nuestras elecciones y de aquellas de los que están unidos a nosotros por la sangre.*

Y yo sabía que el precio a pagar por los errores y las elecciones de Ellen era demasiado alto.

Después del show, volví a pasar por el salón mientras sentía los ojos de Damien sobre mí. Él era insistente... y, allá en el fondo, en un área sombría donde mi corazón vivía, una pequeña capa de hielo se derritió por la atención de aquel hombre. Él me atraía —más que cualquiera que yo ya había conocido—, pero yo sabía que no era para mí.

Como siempre, al final del turno, antes de que yo me fuera al camerino, Damien se levantó al verme y agarró la punta de mis dedos.

—¿Cuándo vas a permitirme llevarte a casa, Gabrielle? Es peligroso una mujer caminando por la ciudad, sola.

Sonreí y quité mi mano, cortando el contacto e, inmediatamente, sintiendo su calor.

—Gracias por la oferta. Usted es muy gentil. Buenas noches —dije, descartando su compañía y sonreí. Él inclinó la cabeza de esa manera que solía hacer cuando lo desafiaba, y supo lo que él estaba pensando. —Y no me siga, Damien.

Él soltó una carcajada de desaprobación, se inclinó cerca de mí y dejó un beso en mi cara. El toque fue totalmente desprovisto de malicia, pero no pude dejar de sentirlo de la cabeza a los pies.

Entonces él se alejó, miró mis ojos y murmuró:

—Buenas noches, Gabrielle.

Asentí y me dirigí al fondo del restaurante, sintiendo su mirada que me quemaba.

En el camerino me senté en la silla frente al peinadora y comencé a cepillarse los cabellos rubios, deshaciendo las mechas enrolladas con cepilladas vigorosas. El peinado glamoroso, hecho con la ayuda del *babyliss*, rápidamente dio lugar a los hilos lisos que caían rectos contra mi espalda. Amarré las mechas rubias en un gancho en lo alto de la cabeza y usé un pañuelo humedecido para quitar todo el maquillaje. En pocos instantes, la mujer seductora de los escenarios dio lugar a la joven solitaria que había perdido la inocencia de la forma más dura. Con un largo suspiro, encaré mi imagen en el espejo, que reflejaba una joven de veintidós años, pero cuya mirada era de alguien mucho más viejo, que ya había visto demasiadas cosas en la vida.

Nada que lamentarse, Gabby... susurré para mi reflejo y me levanté, abriendo la cremallera lateral y dejando que el vestido de satén turquesa se deslizara por mi cuerpo, me desnudé de los últimos vestigios del personaje que yo había creado para poder hacer frente a

la vida: una mujer segura, que seducía a la audiencia con la voz. Vestí los pantalones vaqueros oscuros, la camiseta blanca simple y la chaqueta de cuero negro con capucha. Calcé los tenis y puse el vestido de la noche en el envoltorio usado por la lavandería. Ellos lo vendrían a buscar por la mañana, como siempre lo hacían.

Tomé mis objetos personales del cajón que quedaba cerrado, apagué la luz y salí, después de despedirme del equipo.

Raleigh era una ciudad grande, pero no tanto como NY, lo que me hacía tener la falsa sensación de que yo estaba viviendo en un lugar mucho más tranquilo del que vine. Pero la noche escondía peligros en cualquier lugar... y aunque yo no hubiera salido de la cuadra elegante en la que el restaurante quedaba, empecé a tener la sensación de que alguien me seguía.

Yo no podía creer que Damien me estaba siguiendo, aunque yo le hubiera pedido que no lo hiciera. Sería muy fácil permitir que él asumiera el control, envolviéndome en una nube de protección mientras estuviéramos juntos. ¿Pero eso duraría cuánto? ¿Dos, tal vez tres semanas? Según las malas lenguas, no mantenía relaciones largas. A lo largo de tres semanas, después adiós. Su protección duraría menos que el tiempo que él estaba llevando para cortejarme, lo que haría que volviera al fondo del pozo aún peor: cargando un corazón roto.

Con la capucha cubriendo los cabellos, apreté el paso al oír algunos pasos resonando detrás de mí. Mi cuerpo se estremeció con rabia, y yo seguí, lo más rápido que podía sin correr, hacia el metro. Sentí que el sudor se formó en mi frente y el miedo mostraba sus caras, a pesar de estar segura de que el hombre detrás de mí era el bello abogado.

Entonces oí una voz sofocada.

–Espera...

Él me sostuvo por el brazo y al sentir su tacto, susurré:

–¡Damien! Yo dije que...

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado: el impacto de la mano contra mi cara fue tan fuerte que mis dientes castañeaban, el dolor en la región de las mejillas irradió a los huesos de la mandíbula y el susto me hizo balancear. Yo no estaba más preparada para el segundo golpe de lo que estaba para el primero, y más allá del dolor físico, el sabor metálico en la boca al oír aquellas palabras que yo odiaba con todas las fuerzas, me arrojó al suelo.

¡Perra! ¿Estás durmiendo con el rico, verdad? ¡Es por eso que no quisiste quedarte conmigo! Todavía caída en el suelo, demasiado confundida por los acontecimientos, me encontré con un Rod enfurecido. Su rostro estaba rojo, sudado y los ojos enrojecidos como si hubiera consumido algo más allá que alcohol. Probablemente cocaína. Algo que ya había visto innumerables veces en el pasado, dentro de mi propia casa.

—Apesta, Gabby! ¡Apesta! —decía, las palabras resonando en mi cabeza como un disco antiguo que ya había tocado tantas veces en mi pasado.

Sin conseguir contener la furia provocada por altas dosis de bebida y drogas en el organismo, Rod se lanzó encima de mí, con puñetazos y patadas mientras yo intentaba protegerme, lo que era muy difícil ya que él era mucho más grande y más fuerte que yo.

La hinchazón en el área de los ojos me impedía verlo con facilidad, y el sabor de la sangre en la boca tenía el sabor de la muerte. Era como si una parte dentro de mí, aquella joven e inocente que quedaba escondida entre las sombras, estaba sangrando, a punto de morir. Los golpes aleatorios parecían no tener fin y, por un instante, pensé que moriría. No sólo metafóricamente, pero sentía como si la vida estuviera siendo arrancada de mí a patadas. Perdí la noción de los acontecimientos a mí alrededor.

Entonces, en un momento dado, el ataque cesó. Había gritos, sirenas resonando y, sintiéndome demasiado débil para esbozar cualquier reacción, simplemente me relajé contra el cemento frío de la

calzada y cerré los ojos, sumergiéndose en el entumecimiento provocado por la oscuridad.

Damien

El olor fuerte de producto de limpieza hacía que la sensación de estar con las manos atadas fuese aún mayor. Yo estaba en la sala de espera del Hospital General de Raleigh hace poco más de una hora, caminando de un lado a otro desde que recibí la llamada de Louie en el móvil.

Apenas había llegado a casa y aflojé la corbata cuando el teléfono sonó. Refunfuñando por saber que una llamada tan tarde solo podía significar problemas, atendí, ya preparándome para cambiar de traje e ir a visitar a la comisaría más cercana para liberar a algún cliente que debía haberse metido en problemas.

—Creo que vas a querer venir aquí, Callaghan. —La voz de Louie sonaba tensa y muy diferente a la del hombre alegre y lleno de vida que me recibía diariamente en su restaurante. —Ella fue atacada.

Un hormigueo tomó mi cuerpo al mismo tiempo que el sentimiento de culpa me alcanzó. Yo sabía de quién estaba hablando. Gabrielle.

—¿Dónde está, Louie? ¿Qué ocurrió?

Tomé la corbata del sofá y calcé los zapatos nuevamente, mientras seguía hacia la puerta. La Sra. Matthews, ama de llaves de la casa, se asustó al verme a punto de salir de nuevo.

—Emergencia —murmuré en tono bajo, y ella asintió.

—Tenga cuidado —ella dijo, como siempre hacía desde que empezó a trabajar en mi casa, hace casi quince años. —Bill está en la cocina.

Atravesé la casa mientras oía a Louie contar que ella había sido atacada por el hombre que tocaba el piano en el restaurante mientras se iba a casa. Ella estaba bastante herida y había sido llevada sedada al hospital. El hombre había sido arrestado en flagrancia y me encargaré de hacer lo imposible para que él no salga de las rejas tan pronto.

Bill estaba tomando una taza de café y se levantó rápidamente al verme.

—Necesito ir al hospital... —dije, mientras Louie continuaba pasando la información. El seguridad se levantó rápidamente, cogió la funda con el arma que solía llevar y agitó para que lo siguiera, viendo en mi mirada que se trataba de alguna emergencia.

Le prometí a Louie que llegaría lo más rápido posible y mientras Bill nos llevaba al hospital del otro lado de la ciudad, hice contacto con el jefe del departamento de policía, queriendo saber más sobre el caso.

Rápidamente, el hombre dijo que Rod Gaynor había sido arrestado en flagrancia, lo mantenían en una celda en la comisaría y que sería enviado a una audiencia de custodia a la mañana siguiente, donde el juez de turno determinaría si podía pagar una fianza y responder a las mismas acusaciones en libertad o si debería ser trasladado a una cárcel federal hasta su juicio.

Obviamente, yo estaría allí, acompañando todo el proceso y usando toda mi influencia, para asegurarme de que no tuviera ninguna oportunidad.

Al llegar al hospital, encontré el vestíbulo repleto de gente que trabajaba en el Richmond's. Louie parecía haber envejecido unos diez años en pocas horas.

—¿Cómo está ella? —pregunté, al acercarse a él.

—Muy herida. Los médicos están haciendo exámenes para asegurarse de que no tiene ninguna lesión interna.

Pensar en Gabrielle tan herida provocó un dolor fuerte en mi pecho. Doblé las mangas de la camisa social mientras caminaba de un lado a otro en el pasillo del hospital, hablando al teléfono con uno de mis asistentes, instruyendo que él providenciara todo lo que la fiscalía necesitaba para la audiencia de custodia. Pedí que ayudara a hacer el levantamiento de testigos y todo lo que fuera necesario para mantener

al hombre detrás de las rejas y tirar la llave fuera... al menos hasta que los jurados lo condenaran sumariamente.

Como abogado, yo estaba acostumbrado a lidiar con los más diversos tipos de demandas jurídicas y abogando en favor de personas ricas y muy influyentes, necesitaba actuar en las más diversas ramas del derecho. Yo no era considerado un tiburón en los tribunales por nada. Mi formación ejemplar, asociada a la experiencia irreprochable y mi reputación implacable, eran una mezcla explosiva en la corte.

Estaba terminando de hablar con mi asistente cuando una joven médico con apariencia abatida pasó por las puertas de vaivén.

–Nos hablamos después, Srta. Monroe.

Apagué la llamada cuando la doctora preguntó en la sala de espera:

–¿Quiénes son los familiares de Gabrielle Clark?

Louie se levantó.

–Gabby no tiene familia, doctora. Ella trabaja en mi restaurante. ¿Cómo está ella?

–Desgraciadamente no puedo dar información a personas no autorizadas, señor –ella dijo, su tono pareciendo desanimado con la perspectiva de una paciente que no tendría el apoyo de un ser querido.

–Soy el abogado de ella, doctora –me presenté, extendiendo la mano para que ella apretase. –Damien Callaughan.

La médico sonrió, el alivio reflejado en sus ojos cansados.

–Imagino que ya se haya enterado de lo ocurrido, Dr. Callaughan.

–La fiscalía hará una audiencia de custodia a primera hora de la mañana, y mis asistentes ya les están ayudando para asegurar que esa basura humana se mantenga alejada de las calles. Pero, doctora, ¿Cómo está ella?

La médico suspiró, miró el historial en sus manos y se volvió hacia mí. Ella está bastante herida. Tiene dos costillas fisuradas, un brazo

fracturado, contusiones y heridas por todo el cuerpo y la cara. ¿Ella realmente no tiene familiares? ¿Alguien que cuide de ella? Ella va a necesitar ayuda por lo menos tres meses, hasta que el cuerpo se recupere...

–Voy a gestionar lo que sea necesario para que se restablezca.

–Puedo mantenerla internada, pero...

–El riesgo de infección hospitalaria es enorme —Louie dijo, y la mujer estuvo de acuerdo, sentándose.

–Está decidido. La llevaré conmigo y tendrá un equipo de enfermas cuidando de ella, además del apoyo de la Sra. Matthews, mi ama de llaves y sus asistentes.

Louie me observó, sorprendido y antes de que tuviéramos la oportunidad de intercambiar cualquier palabra, la médico permitió que solo los dos entráramos a verla.

Ella nos advirtió que Gabriella estaba durmiendo, habiendo sido levemente sedada para que pudiera descansar. Pero nada nos preparó para la imagen que encontramos al entrar en la habitación. Ella estaba usando una camiseta de hospital que parecía enorme en aquel cuerpo, que solo ahora percibía, que parecía demasiado delgado. Uno de los brazos estaba pegado al suero y el otro, enyesado. El rostro hermoso estaba repleto de contusiones, heridas y muy hinchado. Sentí mi pecho apretarse con la crueldad acometida contra ella. Yo odiaba a hombres que abusaban de mujeres con todas mis fuerzas y me prometí a mí mismo que haría eso, en especial, pagar por haber infligido tanto dolor a ella por un motivo tan fútil.

–Dios mío, Gabby... —Louie murmuró, secando los ojos mientras se acercaba a la cama.

–Hijo de la madre... —murmuré, al ver los hematomas y golpes a lo largo de su cuerpo.

–Ella es una niña tan dulce y esforzada, Damien. No merecía eso... no sé qué pasó con Rod. Ellos siempre parecían tan unidos...

–Lo sabremos, Louie —afirmé, mientras apretaba las manos con

fuerza. —Y él va a pagar.

El juez Brooken se sorprendió al verme tan temprano en su tribunal, acompañado de tres asistentes, ayudando a la fiscalía. Yo no solía participar de ese tipo de audiencias. En general, uno de los jóvenes abogados de la oficina estaba dirigido a resolver lo que llamábamos BBD, también conocido como problemas relacionados con la bebida, la pelea y las drogas. Estas audiencias eran consideradas de baja complejidad y generalmente estábamos en el lado del infractor, que solía ser algún rico hijito de papá que había abusado de las celebraciones.

—Dr. Callaghan —el juez me saludó, al verme acomodarme en uno de los asientos. —, que placer encontrarlo en mi tribunal.

—Su señoría —yo lo saludé con cordialidad.

—Me gustaría decir que es un placer estar aquí, pero desafortunadamente no lo es.

Él asintió y mandó llamar al acusado, a la fiscalía y al abogado defensor. Sentí subirme la bilis al verlo entrar en la sala. Pasé la noche mirando a Gabrielle sedada y no conseguía tragar la ira por verla de esa manera. Yo necesitaba todo mi autocontrol para no acabar con él con mis propias manos.

La audiencia duró, como máximo, treinta minutos, entre los cuales actué como testigo de la acusación, donde pasé buena parte discurrendo sobre cuánto el antiguo compañero de trabajo de Gabrielle se había esforzado por conquistar la confianza de ella, solo para agredirla brutal y, cobardemente, lo que podría haber resultado en un caso de femicidio si la ayuda no hubiera llegado a tiempo. El juez, que tenía una hija de la edad de Gabrielle, se conmovió al ver las fotos del resultado de la agresión y el acusado, que había recibido resultados positivos en las pruebas toxicológicas, fue indiciado por

intento de homicidio doloso por motivo fútil y tuvo el pedido de fianza negado.

Mientras el hombre salía esposado del tribunal, el delegado, que había llegado en aquel momento, informó que recibió otras dos quejas de mujeres que fueron acosadas y agredidas por él.

Rod pasaría un buen rato en la cárcel, y yo haría lo imposible para que Gabrielle se recuperase plenamente.

Gabrielle

Aquellos fueron los dos meses más difíciles que he pasado, aunque Damien hubiera hecho todo para hacer más fácil mi recuperación. Los hematomas eran fáciles de curar... las costillas estaban bien, hoy habían quitado el yeso, y las heridas y las contusiones desaparecieron con el paso de los días. Pero, además de tener que lidiar con la decepción de haber confiado en alguien que tuvo el coraje de hacer algo tan cruel conmigo, necesité aprender a aceptar que me cuidaran, algo que no sucedía desde que tenía doce años.

No conocí a mi padre. Cuando era pequeña, mi madre decía que él era un guapo militar que se había ido a la guerra y nunca más volvió, pero yo no sabía si eso era verdad o una de las invenciones que su mente embriagada creaba. Yo intentaba no creer fielmente en todo lo que ella hablaba, pues aprendí muy temprano que el alcohol y las drogas hacían promesas que la sobriedad no podía cumplir. Cuando cumplí doce años y Ellen quince, ella partió, víctima del propio vicio. Mi hermana mayor se puso un poco loca, y yo necesitaba mantenerme firme para que pudiéramos continuar juntas sin que el consejo tutelar nos sacara de la única casa que conocíamos.

Debería saber que con una hermana tan cabeza hueca como mi madre, eso no funcionaría. En poco tiempo, Ellen se sumergió en un mundo de drogas, alcohol y prostitución, y yo sólo descubrí lo que significaba ser una de las chicas de Tizian cuando fui a buscarla en una fiesta del traficante de nuestro barrio. Ella estaba semidesnuda y había usado tanta cocaína que no sé cómo no tuvo una sobredosis.

Desde entonces, yo tenía horror a lo que la expresión vagabundo y sus variaciones significaban.

Ellen decía que era la única forma que tenía para sostenerse, pero no me convencía, ya que ella gastaba mucho más de lo que ganaba

con su vicio. A los catorce, conseguí una identidad falsa con uno de los tramposos de la calle y arreglé un trabajo en una cafetería que quedaba a unas cuadras de casa. El dinero era poco, pero pagaba la cuenta de luz, y yo podía llevar las sobras de comida del día a casa.

Obviamente, tenía que ocultar el pago y las propinas en un agujero que hice en el colchón. Aprendí muy rápidamente que el vicio de Ellen no tenía ningún escrúpulo al exigir para consumir más drogas y bebidas.

La vida no era fácil... tuve que salir de la escuela y trabajaba más que cualquiera en aquella cafetería, siempre pensando que un día me convertiría en una estrella de Broadway, cantando en musicales famosos... yo no soñaba con el príncipe encantado como la mayoría de las jóvenes que trabajaban conmigo... no creía que un hombre sería capaz de salvarme de cualquier cosa. No es lo mismo. Pero tenía la convicción de que, un día, yo realizaría el sueño de sostenerme cantando.

Cuando tuve diecisiete años, conseguí mi primera oportunidad musical. Después del turno de diez horas en la cafetería, yo corría hasta el Zach's, donde mi hermana era una de las "diversiones", y cantaba por seis horas seguidas. Fue la forma que encontré de vigilarla y de realizar mi sueño, aunque aquel lugar no tuviera absolutamente nada que ver con las estrellas brillantes de Broadway.

No era fácil ver a Ellen, día tras día pasando por las manos de una infinidad de hombres y ver su vida succionada por las drogas. Peleábamos mucho, y yo todavía tenía que aguantar a Tizian insistiéndome para que me convirtiera en una de sus chicas —algo inconcebible para mí. Hasta que hace poco más de un año, Ellen metió la pata, creyendo que era más inteligente que el principal traficante y chulo de aquella región. Ella dio un golpe a Tizian, lo que ocasionó una pérdida de medio millón de dólares a él y en la muerte de ella en la esquina de casa. ¿En cuánto a mí? Bueno, heredé una deuda más alta que cualquier dinero que pueda juntar en una vida entera, ya que,

según él, la familia necesita asumir la responsabilidad por las acciones de sus seres queridos.

Ahora entrego casi todo lo que ganaba en pagos mensuales que apenas cubrían los intereses que Tizian, que también era prestamista, me cobraba.

Después del ataque de Rod, entré en pánico, preguntándome cómo haría para pagar mi deuda si yo no podía cantar, tan herida como estaba. Yo ni siquiera tendría dinero para el alquiler, y la perspectiva de volver a aquel infierno que vivía durante la mayor parte de mi vida, me dejaba en pánico.

Fue entonces que, por primera vez, confié a un hombre la tarea de cuidar de mí. Cuando salí del hospital, estaba exhausta y demasiado disminuida para negar cualquier ofrecimiento de ayuda que Damien me hiciera. Entonces, en un chasquido de dedos, me vi en una enorme mansión, rodeada de empleados y de más lujo del que imaginé que existía. Una enfermera me acompañó diariamente durante el primer mes, a pesar de mis protestas, diciendo que aquello era una exageración. Ahora, un fisioterapeuta venía cuatro veces a la semana para ayudarme a recuperar los movimientos.

Damien trabajaba mucho. Salía muy temprano y solo aparecía para la cena. En nuestra convivencia diaria, él era aún más encantador que en esas cenas en el Richmond's. Al principio, nuestra relación era platónica, y él se cercioraba de que tuviera lo que fuera necesario para mi bienestar. Además de instalarme en una hermosa habitación con vistas al jardín de rosas, le pidió a una estilista que llenara un armario completo para mí. Cuando descubrió que me encantaba leer, comenzó a traerme pilas de libros cada semana. De nada me servía protestar, diciendo que no necesitaba esas ropas o zapatos de marca, que aquello era demasiado. Él movía la mano y decía que no debería preocuparme por nada, que lo importante era que yo estuviese bien y recuperada.

Así, desarrollamos una especie de relación que, poco a poco, fue evolucionando de la convivencia pacífica y amigable para una especie

de romance... si es que puedo llamar de esa forma lo que tenemos. La primera vez que me besó, acabamos de cenar y fuimos a dar una vuelta en el jardín. Apoyé la mano en su brazo y después de haber hecho un comentario divertido, paré en el camino y empecé a sonreír. Entonces él se volteó hacia mí, sonrió y nuestros labios se unieron en un beso suave. Fue tan dulce y parecía tan seguro que no tuve más fuerzas para resistir la atracción que sentía por él. Simplemente me dejé llevar por el encanto y seducción del tiburón Callaghan, aun sabiendo que eso no duraría para siempre, a pesar de estar durando un poco más que las tres semanas usuales.

Después de aquel primer beso, viviendo en la misma casa, fue natural que las cosas evolucionar entre nosotros. Yo era inexperta en las relaciones, pero Damien era un amante dedicado y cuidadoso, haciendo nuestros momentos juntos intensos e inolvidables. En aquella primera noche, al percibir mi nerviosismo y falta de conocimiento, fue delicado y paciente. Al final, cuando me tiró contra él y me envolvió en un abrazo, vi sus labios curvados en una sonrisa satisfecha, casi como si estuviera feliz de ser el primero. Desde entonces, él dedicaba sus noches a enseñar los secretos de la pasión y la mejor forma de agradarle, además de ayudarme a descubrir las cosas que me gustan y me daban placer. No existía inhibición entre nosotros. Era una relación totalmente basada en la confianza y el respeto mutuo.

En aquella noche, cuando escuché el sonido de la puerta del coche golpear, me miré en el espejo, deslicé la mano por el vestido largo de seda verde y sonreí a mi reflejo. Él había llamado más temprano, invitándome a salir y celebrar el hecho de que yo estaba libre del yeso. Sin decirme cuál sería nuestro destino, sugirió que yo usara uno de los vestidos largos que Marie, la diseñadora, había escogido para mí. Humedecí los labios pintados de rojo mientras volvía a la puerta, oyendo sus pasos cuando se acercaban a nuestra habitación.

La puerta se abrió con suavidad y al verme, las líneas de tensión en

su cara se relajaron y él sonrió.

–Gabrielle, estás linda –Damien se acercó, agarró mi mano y la llevó a los labios mientras yo sonreía, encantada con su manera cariñosa.

–Gracias, querido –respondí. –¿A dónde vamos?

–Es sorpresa –dijo, parpadeó y se alejó un poco. –Voy a tomar un baño rápido. ¿Puedes ver con Bill si todo está bien para el baile de caridad del sábado?

–Claro.

Mientras siguió al baño, bajé los escalones que llevaban a la planta baja, aún con una sonrisa en los labios. Desde el principio, yo sabía que no debería abrir mi corazón a alguien tan rápidamente. Pero Damien consiguió bajar mi guardia desde el primer beso, y acabamos envolviendo en una relación doméstica y cariñosa. Él pasó a llevarme en sus compromisos sociales y presentarme como su compañera, fuera lo que eso significaba. Siempre que yo hablaba de volver a trabajar, él protestaba, diciendo que no había necesidad, que necesitaba un tiempo para recuperarme completamente y descansar. Decía que él necesitaba de mí a su lado... y quién no iba a querer ser tan necesaria a alguien como él?

Mi preocupación inicial en cuanto a cómo conseguiría acabar mi deuda con Tizian fue rápidamente resuelta por él, aunque Damien no sabía la extensión de mis necesidades financieras. Con la ayuda de su gerente financiero –algo que yo no tenía idea de lo que era –él me abrió una cuenta en el banco y depositaba una pequeña fortuna cada semana. Según él, esa cantidad era para gastos de ropa y otras necesidades... como si yo no tuviera un armario tan lleno al punto de necesitar una vida entera para usar todo aquello.

La Sra. Matthews, ama de casa y una especie de abuela, fue quien me ayudó a lidiar mejor con esas cuestiones que desafiaban mi manera independiente de ser. Ella y Bill sabían de toda mi historia, incluso de la deuda con el traficante de mi hermana. Me animaron a

usar ese dinero para pagar la deuda. Querían que yo le contara todo a Damien, pero desde que nuestra relación dejó de ser platónica para volverse personal, no tuve el coraje de hablar sobre el lío que venía, arduamente, tratando de arreglar. Yo creía que él jamás comprendería y siempre que pensaba en eso, me sentía ordinaria, como una nota falsa en medio de todo aquel lujo en el cual Damien vivía. Entonces, solo tocaba ese dinero para pagar la cuota del mes y el resto quedaba en el banco, ya que yo no tenía ninguna otra necesidad.

Mirando hacia atrás, percibí que permitir que Damien asumiera el control y cuidara de mí fue casi un bálsamo para mi corazón, tan herido por la vida. Nunca había sido cuidada por nadie, y la sensación de no tener que sostener todo el peso del mundo en la espalda era agri dulce. El mundo parecía un poco menos cruel y mucho mejor al lado de él. No por el dinero o el lujo, con el que yo ni siquiera sabía manejar bien... pero sí por la seguridad y otros sentimientos que me calentaban por dentro y que él proporcionaba.

—¡Gabby, estás linda! —la Sra. Matthews afirmó, así que entré en la cocina.

Sonriendo, miré el vestido y luego me di vuelta.

—Esa es la ropa más bella que he usado en la vida —murmuré, mirando mis hombros desnudos y el cuello expuesto por el vestido. — ¿No está demasiado descotado? —pregunté, preocupada.

—Está perfecto, hija mía. Pareces la princesa que eres —ella dijo, acercándose y dando un beso en la mejilla.

—Tu sabes que estoy más para una chica doméstica que para Cenicienta. Solo espero que no vuelva a la calabaza demasiado rápido... —murmuré, pensando en la rapidez con que Damien cambiaba de mujer.

—Tu eres diferente de todas aquellas mujeres detestables con las que él suele involucrarse —dijo, en tono bajo.

—Él lo sabe y está encantado.

Ella parpadeó y volvió a la estufa, revolviendo algo en una olla con

la cuchara de palo.

—¿Dónde está Bill? —pregunté, acercándome a ella y sonriendo al ver el chocolate derretido.

—Aquí. —Oí la voz de la entrada de la cocina y me volteé.

Bill tenía unos treinta y pocos años. El pelo castaño cortado muy corto y las líneas de expresión alrededor de los ojos daban la imagen de un hombre duro. Su forma, muy fuerte, con los hombros anchos y brazos musculosos escondidos detrás del traje, dejaba claro que iba muy en serio. Él pasaba buena parte del día con Damien, excepto cuando yo necesitaba ir a algún lugar. En esos momentos, él era enviado a casa y me conducía hacia donde fuera preciso. Pero durante aquel tiempo allí, descubrí que el hombre con cara de malo escondía un dulce corazón y una gentileza rara.

—Estás linda, Gabby —dijo con una sonrisa. —Definitivamente, Damien es un tipo de suerte.

Balanceé la mano en el aire, sonriendo y sintiendo la cara sonrojar. Esos dos, cuando comenzaban con los elogios, me avergonzaban.

—La culpa es del vestido —mencioné y fruncí la nariz. Él sonrió.
—Damien quiere saber si todo está bien para el baile de caridad del sábado.

La Sra. Matthews me había contado que Damien era patrono de muchas causas sociales y que participa de innumerables bailes de caridad y eventos de recaudación de fondos. Cuando le pregunté al respecto, se encogió de hombros y dijo que era una gran oportunidad para hacer negocios y que la donación era deducible en el impuesto sobre la renta. A veces, era tan práctico y objetivo que me asustaba un poco.

—Sí. Un conductor de la empresa que suele prestar servicios para él, va a conducirlos en el Mercedes, y yo voy acompañando. Un equipo de mi confianza hará de escolta, dividida en dos coches.

—¿Necesitamos tantas personas de seguridad? —pregunté, con el ceño fruncido.

–Es solo una fiesta.

–Prevenir nunca es demasiado, Gabby —dijo. —Principalmente porque usted va a usar el Blue Sky.

Me levanté una ceja, confusa.

–¿Qué?

–Damien pidió que fuera retirado de la caja fuerte. El Blue Sky es una hermosa joya que él remató en una subasta de caridad hace unos meses.

–Y va a quedarte perfecto, pues combina con tus ojos azules — Damien habló, surgiendo en la cocina de repente.

–Gran trabajo, Bill. Gracias.

–Disponga Sr. Cuando estén listos para salir, estoy allá afuera — Bill completó y salió de la cocina.

Damien se acercó a mí, extendió la mano, y yo encajé la mía en la suya. Él era tan hermoso que me robaba el aire.

–Estás increíble, Gabrielle.

Sonrió y baje los ojos, sintiéndome tímida. Él besó el dorso de mi mano y preguntó:

–¿Está lista para irnos?

–Solo tengo que coger mi chal y la bolsa —dije, pero antes de que pudiera hacer cualquier movimiento hacia la puerta, la Sra. Matthews surgió con los dos elementos en las manos. Yo ni siquiera la había visto salir.

–Aquí están —ella mencionó, y me ayudó a vestir el chal, mientras Damien ajustaba la corbata azul marina.

–Gracias —murmuré y sonreí.

Ella retribuyó el gesto y nos miró a los dos.

–Están guapos. Al volver, un pastel de chocolate aguardará por ustedes.

Damien inclinó la cabeza hacia atrás y le soltó una carcajada, algo muy raro.

–Usted sabe cómo conquistar a un hombre —dijo, y ella se encogió

de hombros.

–Usted, como todos los demás, solo fingen ser duros, pero no resiste a un buen y viejo pastel de chocolate.

Salimos de la cocina todavía riéndonos, y él me condujo al carro.

–¿Me puedes indicar a dónde vamos?

–Al aeropuerto —él dijo simplemente, dejándome boca abierta.

Damien

Durante todo el vuelo, Gabrielle estuvo inquieta, tratando de descubrir nuestro destino, pero me mantuve en silencio. Cuando empezamos a sobrevolar Nueva York, y ella vio la Estatua de la Libertad a lo lejos, parecía chocada.

—¿Qué... —empezó a hablar, volviendo a mirar hacia la vista iluminada de la ciudad.

—Tenemos que asistir a un espectáculo —mencioné, percibiendo que ella estaba un poco perturbada.

—¿Espectáculo? —Ella enfocó aquellos ojos azules en mí.

—Sí... —Estire el brazo en su dirección y acaricié su mejilla. Instintivamente, ella inclinó el rostro y aceptó el cariño. Todavía me sorprendía con su docilidad. Gabrielle parecía adorar ser tocada, aunque no fuera de una forma sexual. Ella levantó los ojos, sonrió, y yo retribuí.

Era bueno estar con ella. Gentil, dulce y muy inteligente, Gabrielle no era en nada parecida a las mujeres con las que yo solía salir. Ella conversaba sobre todo, y su compañía era óptima, tanto en casa como en eventos sociales. Ella era una muchacha sencilla y que no exigía demasiado. En realidad, ella me reprendía por mis excesos, como cuando yo aparecía con alguna joya o ropa, y ella decía que no necesitaba nada, ya que su guardarropa estaba lleno. Sus regalos favoritos eran los libros, y yo quería mimarla con eso.

En las últimas semanas, gradualmente, empecé a hablar acerca de la posibilidad de que volviera a estudiar. Ella casi no hablaba sobre sí y su pasado, pero había dejado escapar que necesitó interrumpir los estudios y que se avergonzaba de ello. Sugerí, algunas veces, que ella se inscribiera en algunos cursos en la facultad de Carolina del Norte para descubrir lo que le gustaría hacer, pero ella negó con la cabeza y

no me dio oportunidad de tocar más el tema. A pesar de eso, no había desistido. Sabía que ella adoraba cantar, pero que en el fondo quería desear más. Y yo quería ayudarla a conquistar lo que ella deseara.

Aquel viaje era una prueba de ello. Una noche, después de que hicimos el amor, ya bastante somnoliento, ella comentó algo sobre soñar en ver algo en Broadway. Me quedé con eso en la cabeza durante un tiempo y decidí darle una sorpresa. Gabrielle era una joven sola, y acabé tomando la responsabilidad de cuidar de ella. Yo sabía que, en algún momento, mi interés disminuiría, así como había sucedido con todas las demás. O aún, que llegaría la hora de casarme con alguien adecuado... que no era ella. Pero, mientras tanto, yo quería proporcionarle los mejores recuerdos que pudiera tener.

Cuando el comandante del jet avisó que íbamos a aterrizar pronto, Gabrielle apretó el cinturón de seguridad y entrelazó los dedos finos a los míos. Su piel estaba helada, y ella parecía un poco temblorosa, pero al volverse, mi mirada captó la suya, que parecía brillar con animación.

Pocos minutos después del aterrizaje, el equipo de a bordo proporcionó el sobretodo de lana que yo había encargado para ella y abrió la aeronave. Al bajar en la pista, una limosina nos esperaba para llevarnos a nuestro destino. Gabrielle abrió ligeramente los ojos al ver el coche elegante y se volvió hacia mí antes de bajar las escaleras.

—¿Vamos en ese coche, Damien?

—Si querida. Déjame ayudarte. —Apoyé su brazo en el mío y bajamos los escalones que llevaban a tierra firme muy despacio para que el vestido largo no se enrollara en sus piernas. A continuación, nos acomodamos, y el coche se deslizó por las calles agitadas de la ciudad de Nueva York.

La noche estaba empezando a caer y, con ella, toda la agitación de la vida nocturna de la Big Apple surgía. Serví una copa de champán, que ya estaba enfriando en el frigobar de la limosina, para nosotros

dos y mientras bebía un trago, Gabrielle miraba a las calles con una mezcla de encantamiento y algo parecido a pesar.

—Tu naciste aquí, ¿verdad? —pregunté, tratando de averiguar lo que esos ojos azules escondían.

Ella asintió, sin desviar los ojos del cristal oscuro, quedándose en silencio por unos instantes. Cuando pensé que no haría ningún comentario, me sorprendió.

—Nací, pero no en esa región... vivíamos del otro lado de la ciudad, donde un coche como ese no podría siquiera pasar por las calles. — Ella soltó una risa baja, pero que me pareció más triste que bien humorada. —Yo nunca había pisado en esa zona de la ciudad. Es tan linda...

Ella desvió de nuevo la atención hacia la ventana, mirando la noche caer, y yo estiré el brazo en su dirección y entrelacé los dedos en los de ella. Rápidamente, alcanzamos a Broadway, y cuando Gabrielle vio los letreros luminosos, abrió los ojos, pareciendo un niño delante de Papá Noel en la noche de Navidad.

—¿Dónde... dónde...? —Murmuró, sin poder completar la pregunta. Sonreí, al mismo tiempo que el coche se detuvo ante el Majestic Theatre.

Bill, que estaba sentado en el asiento delantero, bajó rápidamente y abrió la puerta trasera de la limosina. Yo descendí y extendí la mano para que ella me acompañara.

—Espero que te guste El fantasma de la Ópera. Tenemos un camarote para el espectáculo de hoy.

—¿Damien... es en serio? —ella preguntó, pareciendo un poco aturdida. Sonreí, acaricié su mejilla y sentí un calor de satisfacción invadir mi pecho. Yo no sabía explicar por qué mimarla me hacía sentir tan bien. Pero aquella expresión de pura alegría en las bellas facciones de Gabrielle me llenaba de placer. En algunos momentos, cuando estaba sola reflexionando sobre algo, ella me parecía casi triste... y todo lo que quería era dejarla iluminada de la manera como

ella estaba ahora. Con su brazo apoyado en el mío, atravesamos la alfombra roja que llevaba al lobby del teatro, siendo interpelados por algunos fotógrafos que estaban trabajando cerca de la entrada.

—Sr. Callaghan, puede posar para una foto con su acompañante? —el reportero de celebridades pidió, y paramos delante de las cámaras. —¿Quién es ella? Una modelo? —el hombre preguntó, observando a Gabrielle con apreciación, lo que le hizo arrastrarla más cerca de mí, ansioso de sacarla de allí.

—Gabrielle Clark —respondí, sin más detalles. —Gracias, señores. Buenas noches.

Los flashes continuaron iluminando, y yo la encaminé hacia el teatro. La mano de ella estaba helada cuando fuimos a dejar nuestros abrigos en la sombrilla.

—¿Estás bien, querida? —pregunté, sosteniendo su mano y acariciando su cara con la otra.

—Yo no sé cómo agradecer... eso... —Ella miró alrededor del teatro. —... es mucho.

—¿Estás feliz? —pregunté, viendo los ojos azules brillar de alegría y el rostro sonrojado.

—Más de lo que imaginé que fuera posible.

Entramos en el vestíbulo del Four Seasons, y la risa de Gabrielle parecía tan feliz que algunos huéspedes se voltearon, sonriendo, para mirarla. Fuimos recibidos por el gerente del hotel. Él me entregó la tarjeta de la suite Royal y seguimos al ascensor que llevaba al trigésimo segundo piso.

Ella no dejaba de hablar del espectáculo y de la cena en el exclusivo Jean-Georges del Central Park. Yo nunca la había visto tan animada.

—No pude creer en el talento de la señorita. Ashton —dijo, refiriéndose a la actriz principal de la pieza.

—¡Su voz es increíble!

En ese momento, abrí la puerta de la suite para que pudiéramos entrar y en el momento en que ella estaba pasando junto a mí, sostuve la punta de sus dedos y murmuré, antes de besarla:

—*Eres increíble.*

Nuestros labios se tocaron, y fue como si los fuegos artificiales que explotan con su animación por la noche hubieran contagiado nuestro beso. Nuestro toque era intenso y apasionado, tal vez más que cualquier otro que ya hubiéramos intercambiado. La felicidad de ella irradiaba, y yo quería sumergirse en aquel mundo de nuevas sensaciones... aunque fuera solo por aquella noche.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones estaban aceleradas. Las pupilas de Gabrielle estaban dilatadas, y su mirada reflejaba todo el deseo que yo sabía que estaba reflejado en el mío. Ella humedeció los labios rojos, sonrió y, apenas entonces, miró alrededor, abriendo la boca en un pequeño O.

—Damien... —ella murmuró mi nombre con aquel acento nuevo iorquino que yo adoraba.

Sonreí y la conduje hacia dentro de la suite. Ella parecía aún más estupefacta que la primera vez que entró en mi casa.

—¿Vamos a quedarnos solos aquí? —preguntó.

Sonreí.

—Por supuesto.

—Damien, es demasiado grande. Una gran familia entera puede vivir aquí —dijo, y me sonreí por su comentario. Eso era muy típico de ella.

—El espacio es solo nuestro —afirmé y la conduce por la suite de unos doscientos metros cuadrados con vistas al Central Park. Mientras seguimos hacia el balcón, fue observando los detalles de lujo,

proporcionados por el hotel. Cuando llegamos a la terraza, pareció perder el aliento. La vista era realmente hermosa.

–Guao... –susurró. –Nunca imaginé que el Central Park era...

Miré a la ciudad que se exhibía a nuestros pies y traté de verla por los ojos de Gabrielle. Ella tenía razón. La ciudad era increíble con toda la iluminación y el silencio que la suite nos proporcionaba. Todavía usando el sobretodo, ella se acercó a la baranda mientras el viento frío sacudía las mechas de su pelo rubio. Tomé el control del sistema de sonido que estaba sobre una mesa y *The Way You Look Tonight*, de Rod Stewart comenzó a sonar en los altavoces. Sonrió al recordar que la primera vez que la vi, ella cantaba una canción del mismo cantante. Ella se volvió hacia mí cuando oyó los primeros versos, y yo extendí la mano.

–Definitivamente, Rod Stewart es nuestro cantante –afirmé, y ella se sonrió.

Gabrielle agarró mi mano, y yo la tiré contra mí. Nuestros cuerpos se acomodaron el uno al otro y, mientras bailábamos aquella música romántica, me pregunté cómo sería si yo bajara la guardia y la dejara entrar...

¡No!, mi subconsciente protestó, totalmente desacostumbrado con la aproximación de quien fuera. Pasé tantos años de mi vida por cuenta propia, casi necesitando vender mi alma para alcanzar el éxito, que solo de pensar en sentir cualquier cosa que fuera me asustaba, ya me asustaba inmensurablemente.

Abrí los ojos y me enfoqué en Gabrielle. Ella estaba con la cabeza recostada en mi pecho, los ojos cerrados pareciendo encajar perfectamente en mí. Besé la parte superior de su cabeza, y ella levantó la cara y me miró, los ojos azules tomaban una tonalidad tan oscura como la noche que nos envolvía.

Incliné la cara hacia adelante y capturé sus labios en un beso tan intenso que cuando nos alejamos un poco, sentí faltar el aire. Nuestros ojos estaban presos el uno al otro, y cuando la separación fue

demasiado para mí, empujé su abrigo al suelo, dejándola apenas con el vestido verde de seda que envolvía su cuerpo perfectamente, la cogí en el regazo y, besándola sin parar, la llevé a la cama.

Yo la coloqué entre las sábanas suaves, y el tono verde esmeralda de su ropa sobresalía en el mar blanco del tejido que cubría la cama. Nuestros ojos estaban presos el uno en el otro, y yo veía en sus el deseo, la ansiedad en agradar y la pasión a punto de estallar. Sabía que era exigente en la cama. Reclamaba todo lo que mi amante me pudiera dar. Y Gabrielle era tan apasionada en el sexo como en todo lo que hacía, lo que hacía nuestros momentos de pasión explosivos.

Ella deslizó sus manos por mis hombros, empujando la chaqueta. Mientras la quitaba, ella se detuvo en la corbata, deshaciendo el nudo. A continuación, me tiró hacia ella y nos besamos intensamente, como si no pudiéramos más estar alejados el uno del otro o sin sentir el sabor el uno del otro. Mis dedos se deslizaron por su cuerpo, buscando el lateral del vestido donde quedaba la cremallera que se abría hasta la cintura fina. Al sentir el cuerpo libre de la presión del tejido, ella suspiró y gimió bajito mientras mis manos tocaban los senos firmes. Primero, solo con la punta de los dedos y luego envolviendo por entero. El sonido que salía de sus labios creció, reflejando el deseo que aumentaba al punto de ebullición. Como si estuviera buscando fuerzas para resistir, ella abrió los ojos y me miró, deslizándose las manos hacia delante de mi camisa, abriendo todos los botones con prisa.

De ese momento en adelante, fue como si estuviéramos en una niebla de placer y deseo. Todo a nuestro alrededor se apagó, y lo único que yo veía era ella. Su cuerpo. Su piel suave. Los ojos azules que parecían la noche en tormenta. Rápidamente, sacamos las otras prendas sin dejar de acariciarnos. Nuestros labios viajaban por el cuerpo el uno del otro, despertando una lujuria tan intensa como jamás había sentido.

Ella me tocaba con la punta de los dedos, haciéndome temblar

mientras los labios alcanzaban mi pecho. Ella sabía exactamente cómo darme placer y en momentos así me preguntaba cómo esa mujer, que me dejaba loco de tanto deseo, podía haber venido para mí tan inocente e intacta... casi como un regalo enviado por dioses paganos para satisfacer mis sueños más hedonistas.

Ante la vista magnífica de NY, penetré su cuerpo como si ésta fuera la última vez. Con abandono, entrega y pasión, de una forma que jamás había hecho. En aquel momento, deseé que mi vida fuera diferente, que las elecciones que necesitaba hacer para mi futuro fueran más simples para que yo pudiera embotellar todo aquello para la eternidad. Por primera vez, no deseé salir corriendo de la cama al alcanzar el clímax. Aquella noche, me permitiría disfrutar del placer de tenerla en mis brazos, jadeante y saciada, acurrucada a mí.

Mientras miraba las luces de NY abrazada a ella, enrollé una mecha de su pelo largo en mi dedo y me prometí a mí mismo que estaríamos juntos lo máximo posible... aunque eso me pudiera destruir al final. Yo me permitiría ser egoísta... y cuando la hora de la separación llegase, yo la recompensaría. Pero esperaba que el momento final demorara una eternidad para ocurrir.

Gabrielle

—¡Felicitaciones, Gabby! —Elliot, mi profesor particular, dijo al verme.

—¿Salió el resultado? —pregunté, llevando la mano al pecho, a la altura del corazón.

Pasé los últimos once meses estudiando con dedicación para conseguir sacar el diploma de la escuela secundaria. Damien había sugerido que me preparara para las pruebas de la universidad con un profesor particular, y acabé aceptando la sugerencia. Lo que él no sabía era que apenas había terminado la enseñanza fundamental. Elliot comprendió mi problema y se comprometió a guardar secreto y que me dedicara a realizar la prueba de certificación. A continuación, podría hacer la prueba de admisión a una universidad... algo que jamás imaginé hacer.

Él alzó un papel y lo agarré con las dos manos, leyendo con más facilidad que nunca las palabras:

Gabrielle Clark

Gramática — A +

Cálculo — B +

Ciencias y estudios biológicos — A +

Física — B

Geografía — A

Historia — A +

Estatus: *Aprobada*

—Guau... —murmuré, al ver las notas y abracé a Elliot, animada.

—Saliste muy bien. ¿Ya pensaste en cuales cursos te vas a candidatear?

—Todavía no...

—¿Quizás educación infantil? La Sra. MacMilliams me dijo que vas muy bien con las clases de música.

Cuando Damien y yo cumplimos tres meses juntos, estaba fastidiada de pasar el día en casa sin nada que hacer. Yo ayudaba a la Sra. Matthews, pero quedaba más tiempo caminando por la mansión como si fuera la sombra de ella, ya que la mujer era bastante centralizadora con sus tareas. Nos hicimos amigas, pero ella apenas me dejaba lavar un vaso. Así que comenté a Damien que me gustaría volver a cantar en Richmond's, pero él me recordó que Louie había contratado a alguien y me sugirió encontrar otra actividad que me satisfizo. Así, después de que empecé las clases, Elliot sugirió que enseñara música a los niños. Al principio, moría de miedo a hacer algo mal o decir alguna tontería a los pequeños, pero me apasioné de compartir con ellos mi amor. Además, el *Bradshaw Elementary School* pagaba un salario óptimo, que me permitía pagar la cuota mensual de Tizian y guardar lo que sobraba como ahorro, no necesitaba tocar el dinero que Damien transfería mensualmente a la cuenta que había abierto en mi nombre. Por primera vez, me sentía como si estuviera cuidando bien de mí misma... haciendo algo realmente bueno... siendo... necesaria.

—Gabby, querida, Marie acaba de mandar el vestido que vas a usar en la fiesta de hoy y... —la sra. Matthews comenzó, interrumpiendo al ver a Elliot a mi lado. —Elliot, ¿cómo te va? No esperaba verte por aquí.

Él empujó las gafas por el puente de la nariz y sonrió.

—He venido a traer una buena noticia a Gabby, Sra. Matthews.

—¡Lo logré! —dije animada. Ella abrió los ojos y golpeó las palmas, acercándose para darme en un abrazo.

—Ah, mi niña. ¡Estoy tan orgullosa de tí!

—Voy a contárselo a Damien hoy —dije, insegura. Él no sabía de mi falta de escolaridad, pero ahora sentía que podía hablar sin sentirme disminuida. Estaba tan feliz con mi conquista que necesitaba compartirla con él.

—Estoy seguro de que se va a enorgullecer de ti —dijo, y Elliot

asintió con una sonrisa.

–Hoy es la fiesta del señor. Callaughan, ¿no?

–Sí, dentro de poco el equipo del buffet llega.

–Bien. Bueno, solo vine a dar la buena noticia. Diviértete, Gabby.

Nos vemos el lunes — Elliot dijo, me dio un beso en la cara y se fue.

La Sra. Matthews se volvió hacia mí con una sonrisa radiante.

–Sabía que lo conseguirías. ¡El año que viene, te veremos en la universidad!

–Dios te oiga.

–Por supuesto que sí. Pero ahora, ve a tomar tu baño para arreglarte. Marie necesitó hacer un viaje de emergencia para atender a la hermana de un jeque, pero envió un vestido hermoso para que brillaras esta noche.

Marie era la estilista responsable de mi armario desde que me fui a vivir con Damien, y se convirtió en una buena amiga. Por primera vez, yo podía decir que estaba haciendo amigos, algo que en esos veintidós años de edad, nunca tuve. Ni en mi propia familia.

Suspiré, alejando el pensamiento sombrío. Aquel era un día de fiesta, y yo no quería detenerme con recuerdos malos. Esta noche era importante para Damien. Él ofrecería una cena para varios miembros de la alta sociedad de Raleigh. La primera que él haría en su casa desde que fui a vivir allí. Pensar en eso llevaba una sonrisa a mis labios. Al principio, moría de miedo que él terminara conmigo. Pero Damien parecía tan apasionado como yo estaba —aunque no dijese las palabras -,y me trataba como si yo fuera su princesa. Yo lo amaba con todo mi corazón y nunca había sido más feliz que al lado de él. Por supuesto, yo quería hablar abiertamente de mis sentimientos y poder oírlo declararse también, pero sabía que él no estaba acostumbrado a eso y que debía esperar hasta que él estuviera preparado.

La vida a su lado era maravillosa... y no por su riqueza. Él me preguntaba cuando me escuchaba hablar de mi día, el trabajo con los

niños y mis sueños para el futuro. Él aprendió a relajarse un poco más, dejando el trabajo fuera de nuestra vida particular, y pasó incluso a reír más.

Algunas veces, cuando llegaba a casa después de una reunión más larga en el trabajo, lo esperaba con un vaso de whisky y una música suave. Él bailaba abrazado a mí, y yo lo hacía reír mientras hablaba tonterías para alejar la tensión. Entonces, él me llevaba a la habitación y hacíamos amor apasionadamente por horas... hasta que estuviéramos demasiado exhaustos para mantenernos despiertos.

Yo estaba tan agradecida por tenerlo a mi lado, que el único pedido que hacía por la noche, antes de dormir, era que eso nunca terminara.

Al entrar en la habitación, me encontré con el hermoso vestido negro en encaje. Con un escote que caía en forma de corazón, había sido cortado justo, en el formato de mi cuerpo y terminaba en una cola corta que deslizaba por el suelo. Elegante y sensual en la medida correcta y perfecto para la acompañante de un abogado tan importante como Damien.

Fui al baño cantando *The Way You Look Tonight*. Desde la noche en la que me llevó a ver el espectáculo en Broadway, esa se convirtió en nuestra canción especial, y yo apenas podía esperar para que él bailara conmigo durante la fiesta.

Damien

Liam: gracias por la invitación, mi amigo. Nos vemos por la noche. Lauren irá con nosotros. Será una oportunidad perfecta para conversar sobre nuestro arreglo.

Una puntada de dolor me golpeó en la sien al leer el mensaje que Liam, el propietario de la mayor oficina jurídica de Raleigh, había enviado a mi celular. Fruncí el ceño al recordar las últimas conversaciones que tuvimos hace poco más de un año. Liam casi no iba a la oficina. Con casi sesenta años, pasaba los días viajando con su esposa y aparecía en el trabajo cuando era estrictamente necesario. Sin hijos que actuaran en el área jurídica, él estaba interesado en una fusión conmigo. Algo que traería más prestigio y dinero a los dos. El recuerdo de nuestra última conversación durante una reunión en mi sala me viene a la cabeza, y siento que las puntas de dolor se incrementan.

—Usted necesita una buena esposa, Damien. Alguien que sea una buena anfitriona y que tenga una educación exquisita para que sea una buena madre para sus hijos. Una mujer de la que usted puede estar orgullosa de presentar a todos, como me enorgullezco de presentar a Louise.

Golpeé con la punta del bolígrafo dorado sobre el papel que estaba en la mesa.

—Usted fue rápido, Liam. Tomó la mejor de todas —hablé y parpadeé, pensando que tenía razón. Rápidamente, yo necesitaba encontrar una esposa.

—Pero usted sabe que tengo la segunda mejor en casa... —él dejó las palabras en el aire y capturó mi atención.

—Lauren está en una excelente edad para casarse... solo tiene que terminar la universidad. Después de todo, estoy seguro de que usted no querrá una estudiante como esposa. Con ustedes dos casados, sería muy

sencillo unir nuestras empresas y convertirnos en la mayor potencia jurídica de Carolina del Norte.

Los dos sonreímos y acordamos volver a conversar sobre eso en el futuro.

Pensar en eso me hizo recordarme automáticamente de Gabrielle. Jamás me quedé tanto tiempo en una relación, pero ella era especial. Su sonrisa llenaba la casa, y me encanta oír hablar de su día. Perdí las cuentas de cuantas veces bailamos juntos por la sala, sus ojos brillando de alegría como nunca ocurrió cuando ella trabajaba en el Richmond's. Y cuando íbamos a la cama, su entrega apasionada me dejaba loco de deseo.

Yo sabía que estaba enamorado. Nunca había sentido eso por nadie. Con Gabrielle, me sentía completo, como si hubiera encontrado el camino de vuelta a casa, pero el mensaje de Liam me colocaba en una situación difícil... renunciar a una unión con Lauren era tirar por la ventana la posibilidad de una fusión que yo había esperado mucho para conseguir. ¿Será que estaba listo para pasar por alto años de trabajo duro y dedicación por una elección personal?

Miré el reloj. Era hora de cerrar el día de trabajo e ir a casa a prepararme para la noche. Pero antes de ir, abrí el primer cajón de la mesa y cogí la caja que había guardado allí, colocándola en el bolsillo mientras seguía hacia la salida.

—Su smoking está separado en el armario, Damien. Está todo listo, y los primeros invitados deben llegar en cuarenta minutos —la Sra. Matthews dijo al verme cruzar la puerta.

—¿Dónde está Gabrielle?

—Terminando de maquillarse. ¡Ella es tan linda! —Respondió, con un suspiro, y yo sonreí. Todo el equipo la adoraba.

—Voy a tomar un baño rápido y ya bajo.

Ella asintió, y subí las escaleras corriendo, siguiendo hacia nuestra habitación. Al entrar, sentí faltarme el aire. Ella estaba frente al espejo y su mirada cruzó con la mía a través del reflejo. Mis ojos se deslizaron apreciando su cuerpo. El vestido ajustado de encaje marcaba cada curva sensual de su cuerpo con perfección. Los cabellos rubios caían en olas sobre los hombros, llegando al medio de sus espaldas. El maquillaje era suave, resaltando los ojos azules y la belleza etérea.

Gabrielle volteó y sonrió. Una sonrisa tan apasionada que tuvo el impacto de un puñetazo en mi estómago. ¿Cómo podía ni siquiera pensar en dejarla? ¿Cómo podría vivir sin ver esa sonrisa todos los días? Pero... ¿cómo podría renunciar a todo lo que conquisté y lo que aún tenía que alcanzar por causa de una mujer?

–Amor, tardaste –dijo, viniendo a mi encuentro.

Nos besamos, y sentí que mi corazón se apretaba aún más. Al alejarnos, solté un largo suspiro y pasé la mano en los cabellos.

–Tuve algunos problemas en la oficina. Voy a tomar un baño rápido.

–Cierto –dijo y sonrió de nuevo. –Toma tu tiempo. Voy a adelantarme y recibo a los invitados mientras tú te alistas.

–Gracias –dije, desaté el nudo de la corbata y seguí hacia el baño. Paré y me volví de vuelta a ella. –¿Gabrielle?

–¿Sí? –preguntó, los ojos parecían preocupados.

–Estás linda.

Su mirada suavizó, y la sonrisa se puso aún más grande y orgullosa.

–Gracias... –murmuró, vino de nuevo cerca de mí y me dio un beso suave en los labios. Al separarnos, ella preguntó bajito, aun sosteniendo mis hombros. –¿Estás bien, Damien?

Me quedé en silencio por unos instantes, preguntándome si ella podía percibir mi confusión interna y la tensión corriendo por mis venas.

–Está todo genial. Voy a tomar un baño rápido –contesté, tratando de controlar el nerviosismo y me alejé de ella, siguiendo al baño sin mirar hacia atrás.

Gabrielle

La fiesta estaba animada. Cerca de doscientos invitados se extendían por el jardín, conversando, bebiendo o bailando al sonido de un DJ. La cena se había servido y, después del discurso de Damien sobre la importancia del proyecto social que estaba apoyando esta noche, se sentó a mi lado y entretuvimos a sus invitados.

No pude dejar de admirar su belleza cuando apareció en el jardín usando el smoking hecho a su medida y que parecía realzar su apariencia poderosa. Varias miradas femeninas se volvieron hacia él cuando Damien llegó y comenzó a saludar a los invitados, conversando un poco con cada grupo. Pero, a pesar de mirarme de vez en cuando y sonreír, parecía extraño. Sus ojos demostraban una tensión que no había visto, y él se mantuvo distante, como si estuviera tratando de no ser visto a mi lado. He intentado mantener la serenidad, recriminándome por estar pensando de esa forma. Damien rara vez hacía eventos sociales en casa y, seguramente, debía estar preocupado en recibir a todos.

Pedí permiso al grupo de mujeres con quienes estaba conversando y me volteé, me encontré con un camarero que servía champán. Tomé una copa, agradecí y caminé por el jardín, buscando a Damien. Él no parecía estar en ninguna parte. Mientras caminaba, saludé a algunas personas que había conocido en otros eventos y bromeé con otros invitados, animados con la confraternización elegante y muy abundante ofrecida por Damien... uhmm.... ¿o debería decir por nosotros?

Después de pasar por varios grupos de personas, me acerqué a la mansión. La Sra. Matthews estaba en la entrada lateral, orientando a un grupo de camareros que regresaba a la cocina. Al verme, ella dispensó al grupo y sonrió.

–Estás tan linda, Gabby.

–Gracias. –Sonreí, avergonzada. Todavía me sentía un poco intimidada al recibir elogios. –¿Vio a Damien, Sra. Matthews? No lo encuentro en ningún lugar...

–Él estaba en camino de la oficina la última vez que lo vi. ¿Necesitas algo?

–¿Está ocupado? –Sentí mi cara enrojecerse. –Quería bailar con él...

Los ojos de la Sra. Matthews se iluminaron. Si había algo que me encantaba, era bailar con Damien. Lo hacíamos casi todas las noches, en su oficina o en la sala de estar, escuchando clásicos de la música romántica. Él era un excelente bailarín, y me sentía protegida en sus brazos, como si ningún mal pudiera alcanzarme mientras estuviéramos bailando. Era la mejor parte de mi día, cuando él simplemente se olvidaba del trabajo y de los problemas de la vida atribulada y se concentraba en mí... en nosotros.

–Ve a llamarlo, querida. El día es de fiesta, no para quedarse encerrado en una oficina hablando de trabajo.

Incentivada por ella, entré en la casa vacía y seguí hacia la oficina, que quedaba en la planta baja, al final del pasillo. Cuando me acerqué, me di cuenta de que la puerta estaba abierta, pero antes de que pudiera pedir permiso y anunciar mi presencia, la voz alta de un hombre sonó y me hizo congelar afuera.

–Damien, es la hora de anunciar al mundo la boda con mi Lauren. Sé que usted está saliendo con aquella jovencita que estaba a su lado durante la cena, pero usted necesita una mujer que haga parte de la misma clase social que usted. Alguien elegante, culta y que venga de una familia con el mismo tipo de riqueza. Lauren será una madre maravillosa para sus hijos y una esposa dedicada... –el hombre bajó el tono de voz. –Y estoy seguro de que ella será comprensiva con cualquier posible... uhmm... indiscreción, como aquella hermosa joven.

Las palabras del hombre parecen tan afiladas como un puñal. Me sentía destrozada del otro lado de la puerta, oyendo hablar que el hombre que yo amaba, con quien convivía hace más de un año, iba a casarse con otra mujer. ¿Cómo pudo haberme ocultado eso? ¿Cómo Damien pudo involucrarme en una relación por más de un año, sabiendo que estaba comprometido? ¿Cómo pudo haberme herido deliberadamente, siendo novio de otra mujer?

Las lágrimas se formaron en mis ojos, pero antes de que empezaran a caer, me alejé de la habitación. Inicialmente, despacio, alejándome de la puerta de la oficina en total silencio para no denunciar mi presencia. Entonces, al girar en el pasillo con la visión borrosa por las lágrimas que empezaron a caer incesantemente, subí las escaleras corriendo hacia nuestro... o mejor, al cuarto de él. No había nada "nuestro" allí... ni siquiera éramos *nosotros*. Lo que teníamos era un caso, una relación sexual con fecha de caducidad. Ahora yo entendía por qué me mantuvo alejada por toda la noche. Él no quería que la gente nos viera juntos, así su imagen de buen mozo permanecería intacta.

Entré en la habitación y seguí al armario. Tomando el vestido rápidamente, me agaché delante de los estantes que albergaban todas las ropas bonitas que él había comprado para mí y tiré la mochila que yo guardaba debajo de todo. Siempre me pregunté por qué todavía mantenía esas ropas allí si yo tenía un guardarropa de marca a mi disposición. Tal vez fuera mi subconsciente queriendo mostrarme que eso no duraría... que llegaría el momento de seguir adelante, llevando solo lo que yo había traído: pocas ropas, documentos y el cascarón vacío de una mujer herida. Alguien con el corazón partido en mil pedazos por la vida.

Con las lágrimas deslizándose por la cara, tiré los pantalones vaqueros y la camiseta con la que vine a la primera vez. Las piezas estaban un poco justas, haciéndome pensar que yo debería haber engordado un poco con el trato dado por la Sra. Matthews. El

recuerdo de aquel pasado en el cual casi no me alimentaba y vivía sola en un departamento en la peor área de la ciudad apretó mi pecho. En ese momento, percibí que además del hombre que yo amaba, perdería los únicos amigos que ya tuve en la vida: Bill y la Sra. Matthews.

Temblorosa, subí la cremallera de los pantalones y revisé la mochila en busca de los antiguos tenis. No había señal del calzado, lo que me hizo tomar una de las zapatillas ordenadas al lado de los demás calzados en el armario. Yo no quería llevar nada que no pertenecía a mí, pero no podía irme descalza. Me miré en el espejo y me sentía aún más triste con la imagen reflejada. Así como la tal de Lauren era, según su padre, el reflejo de la mujer bien nacida, me vi de nuevo como realmente era: una mujer ordinaria. Alguien que no era necesaria... un simple aderezo en los brazos de un hombre que jamás sería mío de verdad.

Tomé mis documentos, el dinero que había sacado del banco para pagar a Tizian y la tarjeta de la cuenta en la que recibía el salario de la escuela. Puse el importe en un sobre, anoté los datos bancarios y salí de la habitación sin mirar hacia atrás o yo no podría partir.

Bajé las escaleras corriendo y seguí a la cocina, golpeando a Bill al entrar. Él me agarró, frunciendo el ceño al verme llorando y con las ropas antiguas.

—Gabby... —comenzó, pero fue interrumpido por la Sra. Matthews que entraba por la puerta lateral. —Mi buen Dios, ¿qué está pasando?

—Gabby por qué estás llorando y... —Ella me miró de arriba abajo — usando esas ropas.

—Él se va a casar —afirmé, jadeando y llorando aún más al poner en palabras lo que había presenciado.

—¡No es posible! ¿No entendiste mal? —la ama de llaves preguntó, y Bill pasó la mano por los cabellos.

—No, Gabby. Si va a casarse con alguien, será contigo. Él te ama.

Las palabras de Bill me lastimaron aún más, porque yo quería mucho que eso fuera verdad. Que Damien me amara tanto como yo lo

amaba.

Entonces les conté lo que había escuchado. No había duda de que estaba segura en mis conclusiones. La Sra. Matthews me abrazó, llorando junto a mí mientras Bill parecía inconforme.

–No puedo creerlo, Gabby. Él siempre fue un hombre ambicioso, pero no es alguien cruel. Él no tendría coraje de...

–Él no es quien imaginamos, Bill. Debo irme.

–Yo te llevo –Bill ofreció, y yo balanceé la cabeza.

–No. Necesito espacio para recapacitar. ¿Puedes llamarme un taxi?

–¿Hacia dónde vas? No puedes salir sola a esta hora de la noche –la Sra. Matthews protestó.

–Elliot tiene un apartamento en el centro, donde vive con su compañero. Voy a quedarme con él esa noche y decidir lo que haré a partir de mañana. Por favor, no digan a él hacia donde fui. Necesito mantenerme lejos de Damien. No puedo someterme a ser la otra de esa relación, necesito detener esto... y para eso, necesito reencontrar mi equilibrio.

La Sra. Matthews me abrazó, y Bill bajó la cabeza. Su expresión era de derrota.

–Voy a solicitar el taxi.

–Gracias –murmuré, todavía abrazada a la Sra. Matthews, que me conducía hacia fuera por el lateral de la casa.

En pocos instantes, un taxi paraba en la entrada de servicio, y yo me despedía de los únicos amigos que ya había tenido en la vida, sabiendo que aquella era la última vez que los vería.

–Mantente en contacto, Gabby –la Sra. Matthews pidió, llorando. Me volteé a Bill y le entregué el sobre con el dinero.

–¿Por favor, puedes hacer este depósito por mí? Él frunció el ceño al ver el nombre del beneficiario de la cuenta.

–¿Cómo seguirás haciendo estos pagos ahora? ¿Vas a seguir trabajando en la escuela? –él preguntó.

–No sé... voy a decidir... algo haré, Bill. Siempre hago...

Él asintió y mis lágrimas volvieron a caer. Abracé a la Sra. Matthews con fuerza, como si me despedía de la madre que nunca tuve. Cuando me alejé de ella, Bill me tomó para abrazarme y susurró en mi oído.

–Deberías haber hablado con él... conversado, Gabby...

–No puedo, Bill. Yo no resistiría otra decepción... ya pasé por tanto, tú lo sabes... solo sería prolongar el sufrimiento.

Él besó mi frente y me pidió que le avisara cuando decidiera a dónde iba la mañana siguiente. Me quedé en silencio, sabiendo que eso sería una promesa que yo no podría cumplir. Bill abrió la puerta del taxi y colocó la mochila en el asiento trasero. Saludé a los dos y entré en el coche. El conductor arrancó tan pronto como la puerta se cerró. Al atravesar las puertas de hierro en los límites de la propiedad, él preguntó:

–¿A dónde vamos, muchacha?

Mis ojos encontraron los suyos por el retrovisor y su expresión se suavizó al ver mi llanto.

–¿Puede usted solo conducir por un tiempo por la carretera costera? –Pregunté, deseando dar una vuelta para calmarme, antes de ir a la casa de Elliot.

–Claro que sí.

Él siguió adelante y, al final de la calle, giró a la izquierda, subiendo la carretera sinuosa que llevaba al litoral de Raleigh. Buena elección. Ver el mar, seguramente, traería la paz que yo necesitaba.

Damien

Durante toda la noche, hice lo posible para mantenerme lejos de Liam. Hablé con políticos, empresarios exitosos, diplomáticos y todos los demás invitados de la alta sociedad de Raleigh mientras huía de la mirada esperanzada de Lauren y su padre. Al mismo tiempo, observaba a Gabrielle interactuar con los invitados como una perfecta anfitriona y me sentía orgulloso de estar al lado de ella. Su belleza y simpatía cautivaban a todos. Algunos amigos, incluso, me pidieron que la dejara cantar un poco para entretener a la audiencia.

Después del discurso y la cena, estaba a punto de sacar a Gabrielle para bailar cuando Liam me interpelló, acompañado de su hija.

—¡Damien! Usted se acuerda de Lauren, ¿verdad? —él mencionó, apuntando a la hija que me observó con aire altivo. Lauren era una bella morena, con largos cabellos castaños y ojos color miel. Usando un vestido azul marino de corte impecable y escote discreto, ella era la perfecta acompañante de un hombre rico e influyente.

—Por supuesto, Liam. Lauren... —Extendí la mano, y ella me ofreció la suya, que llevé a los labios. Mis ojos se enfocaron en los suyos y todo lo que vi reflejado allí fue una indiferencia fría y educación. Muy diferente de los ojos azules cariñosos de Gabrielle.

—Es un placer volver a verlo, Sr. Callaugham. La fiesta es magnífica —ella afirmó en tono educado, como era de esperar de una aristócrata como ella.

—Gracias.

—Muy bien, debes llamarlo Damien. No hay necesidad de tanta formalidad cuando sabemos que...

—Papá... —ella interrumpió a Liam y sonrió para mí. —El Sr. Callaugham y yo no somos cercanos. Sin embargo. —Ella alzó una ceja, y Liam sonrió aún más.

Mantuve la expresión neutra, pensando si me gustaría unirme a una mujer que parecía tan práctica y tan poco calurosa.

Mi mirada se volvió al otro lado del jardín y vi a Gabrielle conversando de forma animada con la esposa del Gobernador de Alabama. La mujer parecía divertirse con algo que ella hablaba y sentía que mi pecho se calentaba al ver la sonrisa en su linda cara.

—¿Podemos conversar un instante, Liam? —pregunté al hombre, que asintió.

—Lauren, hija, ¿por qué no aprovechas para conversar un poco con Kate MacGregor? Usted no se ven desde hace algún tiempo, ¿cierto?

—Desde antes de casarse con Jake. Con permiso, Sr. Callaghan. — Ella afirmó y se alejó, yendo hacia Katherine MacGregor, que estaba al lado de su marido.

Conduje a Liam hasta mi oficina. No quería hablar sobre este asunto cerca de otras personas, para que nadie escuchara algo indebido. La puntada en mi cabeza volvió a molestar, la presión por las decisiones que necesitaba tomar empezó a pesar sobre mí.

Entramos en la oficina, y Liam empezó a hablar.

—Damien, es la hora de anunciar al mundo la boda con mi Lauren. Sé que usted está saliendo con aquella jovencita que estaba a su lado durante la cena, pero usted necesita una mujer que haga parte de la misma clase social que usted. Alguien elegante, culta y que venga de una familia con el mismo tipo de riqueza. Lauren será una madre maravillosa para sus hijos y una esposa dedicada... —el hombre bajó el tono de voz. —Y estoy seguro de que ella será comprensiva con cualquier posible... uhmm... indiscreción, como aquella hermosa joven.

Sentí la sangre hervir al oír hablar de esa forma de Gabrielle. Ella no era una indiscreción. Era... *mía*. Mi mujer en todos los sentidos. La que era más importante que todo... carrera, estatus, prestigio, dinero, poder... yo sabía que no podría casarme con cualquiera que no fuera

ella, aunque yo perdiera todo lo que había conquistado. Nada, ningún bien o dinero era más importante que hacerla feliz.

–Lo siento, Liam, pero no voy a casarme con Lauren.

–¿Qué? ¿Y nuestro acuerdo?

–Las cosas cambiaron... yo cambié. Gabrielle no es una indiscreción. Es mi mujer. Y si tengo que casarme con alguien, será con ella.

–Por el amor de Dios, Damien. Ella es una nadie... una cantante de quinta categoría que sacaste de la zanja. —Su expresión era de horror.

–Mantén a la rubia como amante, instálala en un departamento en los suburbios y dale una buena mesada que ya se dará por satisfecha. Necesitas una mujer de clase y...

–No la saqué de la zanja como usted dice, Liam —mi tono de voz era mordaz. —Gabrielle vale mucho más que yo o... tú. —Lo miré de arriba abajo, indignado. —Exijo que usted respete a mi novia.

–¿Novia?

–Exactamente. Me voy a casar con ella.

–Pero... —Él me miraba boquiabierto. — Si usted todavía está interesado en la fusión, incluso sabiendo que no habrá ningún vínculo entre su hija y yo, podemos hablar de ello en un momento más oportuno. De lo contrario, lo comprenderé. —Seguí hacia la puerta de la sala.

–Si me permite, necesito volver con mis invitados.

–Claro... —Liam murmuró y me acompañó fuera de la oficina.

Atravesé el pasillo, y el hombre pidió permiso y se fue al jardín mientras la Sra. Matthews venía en mi dirección. Miré a su cara y vi que estaba llorando.

–Sra. Matthews, ¿qué pasó? ¿Se lesionó? —Pregunté mientras ella sacudía la cabeza.

–Gabby... ah, Dios mío, Damien, ¿cómo pudo? —preguntó, y yo incliné la cabeza a la derecha mientras intentaba entender lo que ella estaba hablando.

—¿Qué tiene Gabrielle? —Miré alrededor, buscándola. —¿Dónde está ella?

—Se fue. —La voz de Bill sonó detrás de nosotros, y me volví, frunciendo el ceño.

—¿Cómo que se fue? ¿Para dónde? ¿Qué está sucediendo aquí?

—¿Cómo tuvo el coraje de hacer eso con la niña? —la Sra. Matthews preguntó, y sentí mi pecho apretarse, presintiendo que no gustaría lo que estaba a punto de escuchar.

—¿Qué es eso? ¿De qué están hablando?

—Ella sabe todo, Damien —Bill dijo en un tono cortante. —Escuchó sobre su matrimonio.

Sentí como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. ¿No quería casarse conmigo?

—¿Escuchó? ¿Y se fue?

—¿Qué esperaba? ¿Que ella continuase aquí como su amante mientras usted se casaba con otra? —Bill cuestionó, mientras la Sra. Matthews lloraba más. — Sé que no tengo nada que ver con su vida, pero Gabby es especial. No lo merece.

—¡Pero no voy a casarme! —Respondí, sintiendo que el nerviosismo me dominaba. — ¡O mejor, voy, pero con ella!

—¿Qué? —la Sra. Matthews preguntó, mirando a Bill y después, de vuelta a mí.

—¿Pueden explicarme qué está pasando? —lo exigí.

En pocas palabras, Bill me contó lo que Gabrielle escuchó en el momento en que se acercó a la oficina, hasta después que partió, hace unos minutos.

—¿A dónde fue? Maldita sea! ¡No puedo creer que permitieron que se fuera sin hablar conmigo!

—El taxi salió hace pocos minutos.

—¡Vamos! —grité a Bill, que corrió detrás de mí al garaje. —¡Si ella vuelve o hace contacto, pídale que me espere, Sra. Matthews!

Ella accedió mientras entré en el coche. Dejamos la fiesta atrás, y

Bill dirigió a alta velocidad, siguiendo por la carretera costera hacia el lugar donde Elliot, el profesor contratado para darle clases, vivía. Según ellos, Gabrielle había dicho que se quedaría en su casa por un tiempo.

Mientras seguíamos, intentaba llamar a su celular sin parar. El teléfono llamaba y nadie atendía. Y entonces oímos un estallido a lo lejos.

—¿Qué fue eso? —pregunté, y Bill miró al retrovisor con una tensión nítida en su expresión. Todavía en silencio, siguió adelante, hasta que tras una curva, vimos un coche volteado. Un taxi.

—Es el taxi de ella —Bill mencionó, con un murmullo sofocado.

—¿Estás seguro? —pregunté y él asintió.

Sentí que la bilis subió y tragué en seco, tratando de mantenerme tranquilo, pidiendo a Dios que no estuviera dentro del auto. Bill se detuvo a unos metros de distancia, y los dos corrimos hacia el accidente. El conductor estaba en el suelo, en el exterior del coche y, a pesar de tener algunas excoriaciones en el cuerpo y la cara, y parecer medio aturdido, estaba bien. Pero ella no estaba en ningún lugar.

—¿Dónde esta ella? —grité, mientras nos acercábamos al hombre. Él apuntó al auto, y corrí con la máxima velocidad posible. El miedo que el coche explotara heló mi cuerpo entero y la adrenalina me mantuvo en movimiento.

—¡Gabby! —gritó Bill, mientras corría detrás de mí. —¡Gabby!

—¡Gabrielle! —grité, implorando a los cielos que ella estuviera fuera de aquellos hierros retorcidos que pudieran volar por los aires en cualquier momento.

Solo silencio recibíamos. Continuamos corriendo, hasta que alcancé el coche y vi las mechas rubias del pelo de Gabrielle. Ella estaba inconsciente, atrapada entre los hierros. El olor de aceite quemado era demasiado fuerte y la tensión a nuestro alrededor fue la más grande que he sentido.

Me incliné por la ventana del asiento trasero y logré soltar el

cinturón de seguridad. Rápidamente, me metí dentro del coche a través de la ventana, encajé los brazos alrededor de su cuerpo y la tiré. A pesar de que tuviera miedo de hierirla, no podía dejarla allí dentro, pues teniendo en cuenta el olor fuerte que alcanzaba nuestras fosas nasales y casi nos imposibilitaba respirar, el coche se incendiaría en cualquier momento.

—¡La cogí! —Grité, y Bill me dijo que corriera de allí.

Corrí con todas mis fuerzas. Lo más rápido que podía, llevándola en el regazo. Entonces oí la primera explosión. Los pedazos volaron a todos lados y cuando el segundo estruendo sonó, levantando las llamas de los hierros retorcidos, Bill gritó, y yo me tiré con ella en el suelo, lo más lejos que pude. Sentí el impacto del golpe en mi cabeza y, antes de perder el conocimiento, todo lo que pensaba era que yo daría todo lo que tenía para tenerla de vuelta. Todo.

Entonces la oscuridad me envolvió.

Gabrielle

Debí hacer un gran esfuerzo para abrir los ojos. Mi cabeza dolía mucho, y la claridad hacía todo empeorar. Mi boca estaba muy seca, y una puntada atravesó mi brazo. Pestañeé algunas veces mientras intentaba poner las ideas en orden.

¿Qué habría ocurrido?

Poco a poco, los recuerdos comenzaron a formarse. La fiesta. El hombre hablando sobre la boda de Damien con su hija. El taxi. La carretera sinuosa. El celular del taxista sonando. Un rápido desvío de atención y, de repente, un deslizamiento. Un golpe fuerte. Él perdió el control y volteamos algunas veces. Mi último pensamiento fue por Damien. El dolor provocado por la traición y la tristeza por no tener mi amor correspondido. Olor de aceite. Oscuridad. Y dolor, mucho dolor.

El ruido constante del equipo hospitalario llamó mi atención. Me froté los ojos y observé a mí alrededor. Yo estaba en un cuarto de hospital, usando una camiseta azul. Mi brazo derecho estaba atado a las agujas y al suero y el izquierdo estaba inmovilizado. Mientras intentaba comprender lo que había sucedido, él entró en mi foco. Sentado en la silla a los pies de la cama, Damien miraba hacia la ventana del cuarto, perdido en pensamientos. Él vestía el pantalón y la camisa del smoking, pero parecía arrugado, sucio de hollín y con el rostro un poco herido.

¿Qué habría ocurrido?

Abrí la boca para hablar, pero la puntada en la cabeza solo me permitió soltar un gemido bajo. Él se volteó en mi dirección y abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—¡Gabrielle! —llamó mi nombre y se levantó en un salto, corriendo a mi lado.

–Mi amor, gracias a Dios te has despertado.

Yo lo encaré por unos instantes, con el ceño fruncido, tratando de comprender aquel súbito trato cariñoso. *¿Realmente me llamó mi amor? Después de ser el prometido de otra? ¿Qué estaba ocurriendo, después de todo?*

–Damien... ¿qué...? —murmuré, oyendo por primera vez mi voz ronca.

–Shh... no te esfuerces. Necesitas reposo absoluto. Has estado mucho tiempo inconsciente.

Él llevó la mano a mi cara, acarició la curva de la mandíbula con cariño y se inclinó para besar el alto de mi cabeza. Me estremeció y me encogí, alejándome de él.

–No... —murmuré, aclarando mí garganta, tratando de recuperar la voz.

–Gabrielle, amor...

–¡No! —protesté con más vehemencia. —Te vas a casar... con otra... Mis ojos se llenaron de lágrimas, y parpadeé algunas veces para intentar apartar la voluntad de llorar.

–No amor...

–Lo oí todo, Damien —mi voz no pasaba de un susurro. —Todo... ya sé... todo.

Exhausta, no conseguí más impedir las lágrimas, sintiendo un torrente escurrir por mi cara.

–Déjame explicarte, Gabrielle. —Balanceé la cabeza, negando. —Nunca te he mentado, como sé que nunca me mentiste. —Dame una oportunidad...

–No... —murmuré, tratando de alejarme de su agarré, las lágrimas escurrieron con más intensidad. En aquel momento me odié por dejarle ver mi debilidad. No quería llorar ni demostrarle cuánto estaba decepcionada, pero era difícil controlar los sentimientos después de pasar por tantas cosas. —¡No! —protesté con más fuerza en el momento en que una enfermera cruzó la puerta y se acercó.

–Sr. Callaghan, por favor, aguarde fuera —dijo con un tono de voz firme.

–Pero... Gabrielle —se volvió hacia mí, y yo balanceé más la cabeza, me encogí en la cama.

–No quiero hablar contigo. Nunca más.

–Pero y el...

La enfermera lo interrumpió.

–¡Señor! Por favor, espere fuera. El médico lo buscará tan pronto como sea examinada. Su insistencia está agitando a la paciente.

Él cerró los ojos y respiró profundamente. Por primera vez, su postura cabizbaja lo hizo parecer derrotado. Era extraño ver a Damien perder la actitud habitual de un hombre poderoso, pero decidí no pensar en eso para no correr el riesgo de pedirle volver a la habitación.

La enfermera hizo algunas anotaciones en mi historia, midió la presión y mientras quitaba el termómetro, un joven médico entró en la habitación con una sonrisa suave.

–Hola, Srta. Clark. Yo soy el Dr. Stanton. ¿Cómo te sientes?

–Tengo dolor de cabeza y brazo. —Él asintió y tomó la historia de la mano de la enfermera. Después de leer por unos instantes, volvió a hablar.

–¿Recuerdas lo que pasó?

–Un accidente...

–Sí, el coche el en el que estabas volcó y te quedaste atrapada en los herrajes. Tuviste mucha suerte que el Sr. Callaghan llegó a tiempo para liberarte, pues hubo una explosión.

Arregle los ojos.

–Pero usted y el bebé están bien y...

–¿Qué? —Tuve la impresión de que le escuché decir bebé...

–El... bebé —él repitió, pareciendo convencido. —Por lo visto no sabía que estaba embarazada...

–¿Embarazada? —repetí, impactada, llevando la mano inmovilizada al vientre. — ¿Pero cómo? No es posible...

–Lo siento mucho. Tienes un embarazo de alrededor de diecisiete semanas. Imaginé que a esa altura ya lo supieras. Pero no te preocupes, está bien. El accidente no le afectó en nada. —El médico sonrió. — Su... el Sr. Callaghan estaba muy preocupado por ustedes.

–¿Ya lo sabe?

–Sí... mientras él estaba siendo atendido, oyó a uno de los médicos avisar al equipo.

–¿Atendido? —Yo sabía que estaba hablando entrecortado, pero las ideas estaban muy confusas en mi cabeza. Yo apenas sabía manejar todo el drama de esta boda de Damien y ahora un niño estaba involucrado en la historia. Dios mío, ¿cómo sostendría un hijo y pagar esa deuda a Tizian todos los meses? La desesperación me tomó.

–Él se lastimó un poco cuando el coche explotó y los dos cayeron.

Sin conseguir evitar la puntada de preocupación que me alcanzó, le pregunté:

–¿Damien está bien? ¿Se lastimó mucho?

El médico sonrió y asintió.

–Si está bien. Se va a recuperar. Estaba más preocupado por ustedes. —Hizo un gesto con la cabeza hacia mi vientre. —Bien, esta noche, te quedas aquí en observación. Mañana, por la mañana, regreso para comprobar cómo estás y si no tienes quejas, te libero, ¿ok?

–¿Cuánto tiempo voy a necesitar quedarme con eso? —Levante suavemente la mano inmovilizada.

–Más o menos quince días.

–Ok...

El médico sonrió, me dio algunas orientaciones más y siguió hacia la puerta. La enfermera se encaminó hacia la puerta de la habitación también, pero antes de que ella saliera, se volvió y preguntó:

–Puedo mandar al hom...

Antes de que ella completase, yo la corte.

–No me gustaría recibir visitas, gracias.

Ella asintió, sonrió tristemente y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Hoy cumplo diez días del accidente. Desde aquella noche en la que abrí los ojos para encontrarme en la habitación del hospital, yo no había visto a Damien. Pero su presencia era constante en la casa de Elliot, donde yo estaba hospedada. Para empezar, él mandó que la Sra. Matthews fuera para allá a cuidarme. Aunque lo había intentado rechazar, ella llegó como una aplanadora y dijo que si yo no permitiría que ella se quedara, haría que Bill me llevara a la fuerza a la casa. Como si la mansión de Damien fuera mi casa también. Y ella me trataba tan bien, con tanto cariño, que no tuve el coraje de permanecer enfadada por la insistencia de ella en quedarse —aunque yo supiera que estaría aceptando algo de él... cosa que yo no quería.

Además, Bill traía diariamente frutas frescas, golosinas de la delicatessen y todo lo que la Sra. Matthews podría necesitar para hacer lo que podía llamarse un banquete para el almuerzo y la cena. A pesar de que me quejaba que no quería aceptar lo que Damien estaba enviando, Bill me fruncía el ceño y gruñía que yo estaba esperando un bebé y que necesitaba estar bien alimentada para que creciera fuerte y sano.

Él sabía exactamente qué decir para hacerme tragar el orgullo.

Además, Damien mandaba regalos todos los días. Y yo los devolvía. Eso, al menos, nadie me ha obligado a quedármelos... por lo menos hasta ahora.

El primer día, él mandó un enorme ramo de rosas colombianas. En el segundo, un collar de perlas. En el tercero, la novela más reciente de mi escritor favorito. En el cuarto, una botella del perfume que solía usar. En el quinto, un marco con una foto nuestra. En el sexto y el séptimo día, una colección de CDs y DVDs. En el octavo, una

notebook. En el noveno día, un pasaje a París, lugar que soñaba con conocer.

Todo, absolutamente todo fue devuelto. Pero en el décimo día... bueno, en el décimo él me envió un trajecito amarillo de bebé. Con delicados bordados hechos a mano en el cuello blanco, era la cosa más linda que yo ya había visto. Fue el único regalo que no le envié de vuelta. Ver aquella pequeña pieza hizo que el escudo de protección alrededor de mi corazón cediera un poco. En el fondo, yo sabía que también había errado con él. Oculté cosas sobre mi pasado... mi falta de estudios, la deuda con el traficante de mi hermana, la pobreza extrema de donde venía. Por supuesto que no me había comprometido con ningún otro hombre, como lo había hecho él con la joven. Pero el hecho de no haber sido completamente honesta con él me dejaba con un peso enorme de conciencia. Sí, actué de acuerdo con mi instinto de auto preservación y por miedo a perderlo, pero eso no me hacía menos equivocada...

Además, tendríamos un eslabón eterno, aunque se casara con la otra. Un hijo era algo que nos ligaría por toda la eternidad, porque no podía permitir que él no formara parte de la vida de aquel bebé. Siempre soñé con tener una familia de verdad y nunca quitaría la oportunidad de mi hijo de convivir con el padre, independientemente de estar juntos o no.

Con todos estos pensamientos en mente, acepté el regalo tan delicado y después de diez días de total silencio, envié un mensaje agradeciendo y diciendo que iría a una consulta con la obstetra por primera vez al día siguiente. Dije que si quisiera, podría acompañarme.

Mal apreté el botón de enviar mensaje, recibí la respuesta de vuelta. *Muchas gracias*, estaba escrito. Pocas horas después, cuando Bill apareció con la entrega del día, tenía una enorme sonrisa en el rostro, diciendo que Damien no paraba de sonreír y mirar al móvil como si hubiera acertado los números de la lotería. Balbuceé que tal vez la

tuviera, ya que su ambición era desmedida, mientras seguía hacia el cuarto de huéspedes de Elliot, con una sonrisita en los labios al cerrar la puerta.

Aquella fue la primera vez, en diez días, que dormí toda la noche, sin despertar llorando la pérdida del hombre que yo amaba.

Damien

La consulta de Gabrielle estaba marcada para las once, pero yo estaba listo, caminando de un lado a otro en casa desde las seis de la mañana. La ansiedad me consumía y yo apenas podía esperar para verle. Desde hace diez días, ella repelía todos mis avances e intentos de reconquistarla, hasta que ayer, además de no devolver el regalo que le envié, me invitó a acompañarla en la consulta con la obstetra. No podía ni siquiera poner en palabras el alivio que sentía con eso. Yo sabía que tendría un largo camino para que ella volviera a confiar en mí, pero mis esperanzas habían sido renovadas.

Desde que la vi inconsciente dentro de aquel carro, mi corazón vivía en un estado constante de angustia. Todo lo que quería era protegerla de todos los males del mundo y consolarla, haciendo lo que estuviera a mi alcance para quitar el dolor que vi en sus ojos cuando ella me mandó a salir de la habitación del hospital. Y saber que ella estaba esperando un bebé... mi hijo o hija, me hacía aún más protector y, al mismo tiempo, más destrozado con su alejamiento.

–No estropeé todo –Afirmó Bill, así que entré en el coche.

Hice una mueca y murmuré.

–Estás muy mandón.

–Gabrielle está muy debilitada. Sé que faltó confianza de parte de ella, pero su vida fue bastante difícil y, además, nunca dio garantías para que ella pudiera creer plenamente en usted.

Yo sabía que el hecho de haber llevado la relación sin vínculos más firmes entre nosotros había contribuido, y mucho, para eso.

–Lo sé... pero la amo –hablé en tono bajo, sintiendo las garras del miedo apretando mi corazón.

–Usted necesita conversar con ella, Damien. Necesita oírla también. Con cariño y paciencia.

Asentí, desviando la mirada hacia el cristal del coche, sin realmente ver el paisaje que pasaba por nosotros.

Pocas instantes después, estábamos en el centro de Raleigh, frente a un edificio bajo de tres pisos que dudaba que tuviera ascensor.

–¿No me digas que está en el tercer piso? –pregunté en tono aburrido, pensando que una mujer en su estado no debería tener que subir y bajar tantas escaleras.

–Sí, pero ella está bien. –Bill me miró al entrar en el edificio. – Hay momentos en que hay que escoger las batallas que queremos luchar.

Él tenía razón. Bill y la Sra. Matthews eran como parte de mi familia. Aunque deteste que me llamen la atención, sus consejos y reprimendas tienen como objetivo convertirme en un hombre mejor. Y Dios sabía lo que yo deseaba.

Subimos los tres tramos y paramos frente a una puerta de madera oscura. Bill tocó el timbre, y la Sra. Matthews abrió, mandándonos a entrar.

–Ella está tomando su bolso, Damien. Ya viene.

Asentí y me senté en el sofá, mirando las fotos colgadas en las paredes de la sala de Elliot con su compañero. Yo estaba agradecido de que él fuera un buen amigo para Gabrielle, alguien con quien ella podía contar.

Entonces, un movimiento en el pasillo me llamó la atención. Desvié los ojos a la entrada de la sala y no pude sostener la sonrisa al verla. Sus largos cabellos rubios estaban sueltos, cayendo sobre los hombros y deslizándose por la espalda como una cortina dorada. Los ojos azules brillaban como un mar tranquilo en un día de sol. Ella usaba una blusa rosa bien clarita y pantalones tipo pijama marfil, que destacaba, de una manera femenina y dulce, la forma redondeada de la barriga. Era como si después del accidente su embarazo fuera más

evidente... o, quién sabe, solo ahora estaba realmente prestando atención.

Me quedé de pie, deseando correr hacia ella y tirarla hacia mis brazos, pero esperé. Quería que ella se sintiera bien conmigo, y no forzarla a una intimidad indeseada. Ella entreabrió los labios, y vi sus ojos llenar de lágrimas. Sin conseguir sostenerme, fui a ella y la envolví en mis brazos, oyendo un hipo huir de su boca.

–Está bien... shh... está bien.

Ella me apretó más, y besé la parte superior de su cabeza, arrasada con sus lágrimas.

–No llores mi amor. Me mata verte sufrir de esa manera.

Poco a poco se fue calmando, manteniéndose en el calor de mis brazos. Mi corazón estaba acelerado. Era como si yo hubiera dado la vuelta al mundo y, finalmente, hubiera llegado a casa. Ella era mi hogar. El amor de mi vida.

Cuando Gabrielle se calmó, me alejé lo suficiente para mirar sus ojos.

–¿Vamos a la consulta? Después de eso, podemos parar en algún lugar para almorzar y si tú aceptas, conversar.

–Está bien –murmuró.

Seque las lágrimas que aún se deslizaban por su linda cara y cuando ella se calmó, la conduje fuera del departamento, bajando las escaleras lentamente.

Seguimos hacia el consultorio. Nada me había preparado para la emoción que sentí al ver en el aparato de ultrasonido la imagen de nuestro bebé creciendo en su vientre. Fue el momento más emocionante de mi vida y sentí que mi corazón se llenaba del amor más puro que alguien podía sentir.

Al recibir, de las manos de la médico, la pequeña foto del bebé, Gabrielle y yo sostuvimos la imagen y lloramos juntos, emocionados. Aquel tipo de emoción me era desconocido, pero ya no podía sostener mis sentimientos.

Después de la consulta, seguimos para el restaurante que quedaba en el club de golf, un lugar tranquilo, donde tendríamos condiciones de conversar sin ser molestados y que, a esa hora, estaba casi vacío. Después de hacer los pedidos al camarero, me recosté en la silla y la observé mientras ella miraba por la ventana al hermoso jardín a nuestro lado. Ella casi no usaba maquillaje, los ojos estaban brillantes de las lágrimas y la nariz un poco roja por el llanto de emoción. Pero era aún más hermosa que en cualquier otro momento que pudiera recordar.

Al percibir que la miraba, ella desvió la mirada en mi dirección y puso la mano sobre el vientre. Eso me hizo sonreír.

–Gracias por haber ido conmigo –dijo en tono bajo.

–Gracias por haberme invitado.

Yo tenía tanto que hablar que no sabía ni por dónde empezar. Bebiendo un trago del jugo de naranja que el camarero había servido, respiré hondo y me llené de coraje.

–Sabes, yo tenía mi vida totalmente programada. Yo sería el abogado más respetado del estado, crearía un imperio jurídico, me casaría con una mujer de la alta sociedad, educada y gran anfitriona, tendría uno o dos hijos y un futuro perfecto y poderoso por delante. Pero mientras no decidía unirme definitivamente a alguien, me envolvía con algunas mujeres. Generalmente por poco tiempo. Dos... como máximo tres meses y terminaba con una hermosa joya de regalo y un agradecimiento por la compañía. –Gabrielle frunció el ceño, pero no me interrumpió.

–Entonces te vi en el Richmond's. Linda, con la voz dulce y esos ojos azules que parecían dos estrellas brillantes, y decidida a resistirte a mí. Nunca nadie me había dicho no. Conquistarte se convirtió en un desafío. Pero entonces fuiste atacada cobardemente. Antes de que pudiera pensar, te llevé a mi casa, dispuesto a ayudarte a mejorarte. Es una cuestión de humanidad, me decía a mí mismo. Necesita apoyo para recomenzar.

Desvió la mirada al jardín y continué hablando.

–Entonces, no resistimos al deseo que sentíamos el uno por el otro. Al principio, pensaba que necesitaba ir despacio. A diferencia de mis otros casos, no me cansé de estar contigo, sino todo lo contrario. Yo ansiaba por nuestros momentos a solas, por las cenas en que contábamos el uno al otro sobre nuestro día y aquellos instantes antes de hacer el amor en el que quedábamos bailando abrazados. Cuando me percaté, seis meses pasaron, entonces ocho, y luego, estábamos juntos hace un año. Estar contigo me traía una satisfacción que jamás sentí con nadie, pero que yo no tenía idea de por qué.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas y cuando la primera rodó por su cara, me incliné y la sequé con la punta del dedo.

–En la semana de la fiesta, volví a pensar en mis planes del pasado, indeciso si debería renunciar a lo que me hacía feliz o seguir adelante con la estrategia que había trazado. Yo estaba dividido entre la realización personal y la ambición.

Mi mano buscó la suya y la agarró. Agradecí, en silencio, cuando ella no se alejó.

–Aquel día, yo había recibido algo que pedí por impulso. Fue cuando me di cuenta de que todos los planes que tracé para mi vida estaban equivocados. La sed por dinero y poder había dictado todas mis acciones en el pasado y ahora, todo lo que quería era seguir sintiendo todo lo que desperté. –Alejé la mano y sequé la caja negra de dentro del bolsillo. La coloqué sobre la mesa frente a ella, que la observó con sorpresa e incredulidad. Abrió la caja, y Gabrielle se burló.

–En el momento en que vi la alianza en mis manos, yo sabía que necesitaba hacerte mía. Mi mujer, mi compañera. La persona que estaría a mi lado en todo momento. La única por quien me enamoré perdidamente.

Ella bajó los ojos y volvió a llorar. Aunque yo quisiera levantarme y secar sus lágrimas, con el corazón partido por verla tan triste, me

mantuve en el lugar, terminando de hablar todo lo que necesitaba.

–Lo que escuchaste fue parte de una conversación iniciada hace mucho tiempo, mucho antes de que entraras en mi vida. Fue un acuerdo que yo había hecho antes de saber lo que era amar a alguien. Esta conversación terminó con una negativa de mi parte de mantener el acuerdo en que uniría mis negocios a los de Liam, convirtiéndome en el hombre más poderoso de Raleigh. Porque aquel día, supe que no sería un hombre completo si no te tuviera a mi lado.

Ella se llevó la mano a la boca, las lágrimas todavía se deslizaban por su cara. Me levanté, cogí la caja de la mesa, saqué la alianza de oro blanco con un diamante en forma de corazón y me arrodillé a su lado.

–Cuando te vi desmayada dentro de aquel coche, sentí como si yo hubiera muerto un poco por dentro. La única cosa que me mantuvo vivo fue la esperanza de que tú no hubieras partido. Te quiero tanto, Gabrielle. Tal vez tú no me ames, pero yo...

–Te amo, Damien —ella murmuró y me abrazó, su cuerpo tembló contra el mío.

–Quédate conmigo, Gabrielle. Permíteme ser tu marido. Quiero cuidar de ti y de nuestros hijos. Cásate conmigo.

–Sí —dijo, sonriendo, aún con las lágrimas cayendo. —¡Sí!

Deslice la alianza por su dedo y sonreí con satisfacción al darme cuenta de que ella sería mía. Pero antes de que pudiera besarla, ella me interrumpió.

–Pero antes tengo que contar algo...

La gravedad en su tono de voz me dejó asustado. Ella bebió un trago de agua y me pidió que me sentase por un instante. Mirando fijamente la mano con el anillo de piedra reluciente, empezó a hablar.

–No soy la persona que usted piensa que soy... —Fueron sus primeras palabras.

Oí con atención cuando ella me contó su historia de vida, la pérdida precoz de la familia y la necesidad de abandonar los estudios

para sostener la casa; la muerte violenta de la hermana y la deuda con el verdugo que había contribuido a la muerte dolorosa de Giselle.

–¿Por qué no utilizaste el dinero que yo depositaba todos los meses para eliminar esa deuda, Gabrielle? Transferí mucho más de cincuenta mil dólares a tu cuenta durante el último año.

–Jamás tendría el valor de tocar tu dinero, Damien. No sé cuánto tengo en el banco. Nunca he movido esa cuenta. No quería que pensaras que estaba contigo por tu dinero.

–Yo nunca pensaría eso de ti, mi amor. No puedo creer que durante todo ese tiempo te quedaste con ese peso enorme sobre los hombros, sabiendo que podría haber sido fácilmente resuelto.

A continuación, me contó de la vergüenza que sentía por no tener una formación académica y que durante el último año estudió con Elliot para sacar su diploma de secundaria. Sentí el corazón presionando al pensar que Gabrielle se impuso tantas restricciones por mi ambición desmedida. Su vergüenza por la falta de dinero y estudios no existiría si yo no fuera alguien tan mezquino y con apego a las riquezas materiales.

–Siento mucho orgullo de la mujer que eres... por ser la madre de mi hijo. Tú eres la persona más valiente y altruista que conozco, y te prometo que me esforzaré para cambiar... para ser alguien mejor.

–Perdóname Damien. No actué correctamente. Te omití cosas serias.

–Tú eres quien necesitas perdonarme. No puedo creer lo mucho que necesitabas soportar, y no me di cuenta.

–Te amo —murmuró, y finalmente me acerqué, tirándola hacia mis brazos y besándola apasionadamente.

Epílogo

Gabrielle

Entré en la habitación al lado de la nuestra, que había sido reservado para el bebé. La decoración estaba lista, y no resistí tomar el osito sobre la cuna y aspirar su olor. En muy poco tiempo yo estaría con mi niño en el regazo y apenas podía esperar para averiguar si tenía los cabellos oscuros de Damien o mis ojos azules.

Mi mirada se desvió hacia el espejo del armario, y sonreí al ver mi imagen reflejada. Con casi ocho meses de embarazo, la enorme barriga estaba cubierta por el encaje marfil del vestido de novia. Yo quería esperar el nacimiento del bebé, pero Damien no se detuvo, mientras que yo no quería marcar la fecha de la boda para antes del parto.

–Gabby, querida, ya es la hora —la Sra. Matthews dijo detrás de mí, y me volví con una sonrisa en los labios. —Estás tan linda. Damien quedará encantado al verte así.

Descendimos las escaleras despacio, y encontré a Bill esperando. Él sonrió y agarró mi mano, conduciéndome a la puerta que llevaba al jardín de la mansión. Él haría el papel que debía ser de mi padre y me llevaría hasta el altar para entregarme a Damien, y yo no podía imaginar a otra persona, además de él, haciendo eso.

Antes de cruzar la puerta, la Sra. Damien arregló la cola del vestido y me entregó el ramo de rosas. Ella me besó y tomó su lugar para la ceremonia mientras Bill y yo empezamos a caminar por el jardín.

Siempre oí que la expresión del novio durante la ceremonia decía mucho sobre sus sentimientos, y yo tenía que estar de acuerdo. Damien estaba hermoso, vistiendo un traje claro, perfecto para el

hermoso día de sol que estaba haciendo. Su rostro irradiaba alegría, y vi sus ojos llenar de lágrimas al verme vestida de novia.

Te amo, murmuró, y yo sonreí, sintiendo la intensidad de aquel amor envolverme. Durante esos meses, después de que descubrimos el embarazo, él hizo todo para mantenerme feliz y sana. Me alejó de mis preocupaciones, pagando la deuda de Tizian, aunque él me hubiera garantizado que podía hacer que se pudriera detrás de las rejas, así como se aseguraba que Rod estuviera pagando en la prisión estatal por el crimen que había cometido conmigo. Además, me animó a continuar los estudios y se emocionó cuando supo que había conseguido una vacante en el curso de Pedagogía en la Universidad de Carolina del Norte. Inicialmente, yo no quería inscribirme para dedicarme íntegramente a nuestro bebé y nuestra familia. Pero el rector me aseguró que podría congelar la matrícula y reabrirla en hasta tres años, lo que sería suficiente tiempo para que nuestro hijo estuviera un poco más grande.

Llegamos al altar, y Bill apretó la mano de Damien con fuerza, deseándonos felicidad. Mi novio se acercó y acarició mi cara con la punta del dedo, el amor se sentía por él reflejado en sus ojos.

–Estás linda... —dijo, besando mi frente.

–Tú también —respondí, acurrucándome en sus brazos.

Él nos encaminó a nuestros lugares delante del juez de paz que iba a conducir la ceremonia.

–Mis amigos —el hombre comenzó. —Estamos aquí para celebrar el amor entre un hombre y una mujer que se hicieron uno para el otro, cuyo sentimiento se coronó con la bendición del hijo que está por venir.

Las palabras del celebrante me hicieron abrir una enorme sonrisa. Con una mano apoyada en el brazo de Damien y la otra sosteniendo las rosas acomodadas sobre el vientre dilatado, no pude dejar de sentir gratitud por todo lo que la vida me dio. Yo, que vivía sola

buena parte de la vida, había finalmente encontrado mi lugar en el mundo.

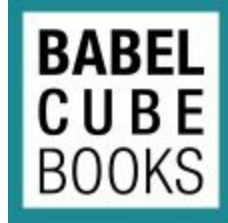
Nunca me olvidé de las palabras de Damien durante los votos:

–En cierto momento, todos necesitamos escoger el camino a seguir, y tú fuiste la elección más perfecta que he hecho en la vida. Te amo, Gabrielle, como nunca amé a nadie.

Jamás imaginé que sería parte de una familia. Creía que estaba destinada a la soledad después de tantos años de abandono. Desde que lo conocí, aprendí mucho sobre la vida y el amor. No siempre la vida sucede de la forma que imaginamos. Es necesario pasar por los momentos malos para que podamos dar valor a los buenos. Damien tenía razón. Todos necesitamos elegir el camino a seguir. Y, como él dijo, también fue mi elección más perfecta. El hombre que yo amaba con todo el corazón.

Y que amaría para siempre.

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com